

# IGNACIO Y EL ARTE DE LOS JESUITAS

GIOVANNI SALE S.I. (ed.)



Ediciones  Mensajero

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Primera edición española  
Septiembre 2003

Traducción del italiano:  
Enrique Hurtado García

En portada:  
Decoración de la capilla de la Iglesia de Arequipa (Perú)  
(foto: Mireille Vautier), y  
estuco de Antonio Raggi en la Iglesia del Gesù (Roma)  
(foto: Arnaldo Vescovo)

© Internacional 2003 Editorial Jaca Book SpA, Milán. Todos los derechos reservados.  
© 2003 Ediciones Mensajero, S.A.U. - Sancho de Azpeitia, 2 - 48014 Bilbao  
E-mail: [mensajero@mensajero.com](mailto:mensajero@mensajero.com)  
Web: <http://www.mensajero.com>  
ISBN: 84-271-2545-3

Impreso en Turín





## Índice

Prólogo  
*Juan Plazaola Artola, S.J.*  
pág. 9

San Ignacio y la misión de la Compañía de Jesús en la cultura  
*John W. O'Malley, S.J.*  
pág. 15

Pauperismo arquitectónico y arquitectura jesuítica  
*Giovanni Sale, S.J.*  
pág. 31

El proyecto del «Gesù» de Roma  
*Giovanni Sale, S.J.*  
pág. 47

La arquitectura de la Compañía de Jesús en Europa  
*Richard Bösel*  
pág. 65

La contribución de los jesuitas a la pintura italiana y su influjo en Europa, 1540-1773  
*Gavin Alexander Bailey*  
pág. 123

La iconografía  
*Heinrich Pfeiffer, S.J.*  
pág. 169

La escena de la gloria: el triunfo del Barroco en el mundo del teatro de los jesuitas  
*Marcello Fagiolo*  
pág. 207

Culturas y misiones de los jesuitas en los siglos XVII y XVIII entre la historia y la teología  
*Philippe Lécrivain, S.J.*  
pág. 223

El legado de los jesuitas en el arte y la arquitectura de Iberoamérica  
*Ramón Gutiérrez y Graciela María Viñuales*  
pág. 239

Arte y arquitectura de los jesuitas en Extremo Oriente, 1542-1773  
*Gauvin Alexander Bailey*  
pág. 277

Los jesuitas y la música  
*T. Frank Kennedy, S.J.*  
pág. 297

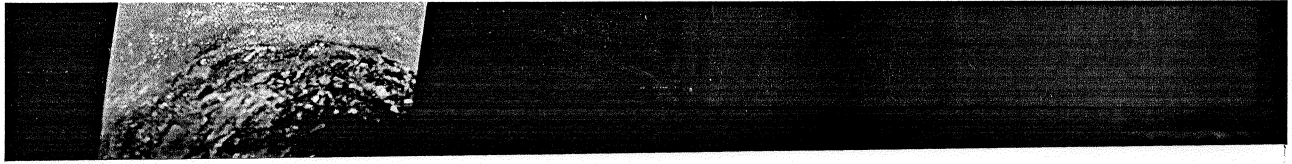
Bibliografía y notas  
pág. 309

Índice de nombres  
pág. 317

EL LEGADO DE LOS JESUITAS  
EN EL ARTE Y LA ARQUITECTURA  
DE IBEROAMÉRICA

por

Ramón Gutiérrez y Graciela María Viñuales



La Compañía de Jesús llegó tardíamente a América, casi un siglo después del descubrimiento y conquista, cuando ya otras órdenes religiosas como los franciscanos, dominicos, agustinos, jerónimos, mercedarios y carmelitas habían desarrollado tareas de evangelización en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, debido al carácter peculiar de la orden jesuita, pronto se distinguieron de la acción de las otras en virtud de ciertas pautas que integraron programas de acción específica. Si por su arribo tardío o por su carácter militante la Compañía de Jesús fue con frecuencia destinada por la Corona española a constituir la vanguardia en las áreas de conflicto con el mundo indígena o en la estrategia de avance de fronteras, no menos cierto es que pudieron marcarse claramente coincidencias y diferencias en las huellas dejadas por las diversas órdenes en América.

Es claro que la tradición de la formación de los indígenas en los oficios y las artes fue practicada, con anterioridad a la llegada de los jesuitas, por los franciscanos en México o Ecuador y que los dominicos mostraron, como luego haría la Compañía, especial interés en las acciones educativas y en el desarrollo de sistemas pedagógicos. También franciscanos de la primera fase mexicana o dominicos como Bartolomé de las Casas enarbolaron tempranamente banderas de redención y justicia que luego los jesuitas desplegaron en contextos más amplios del continente.

Pero cierta política de la Orden, como la «formación de los selectos», es decir, la capacitación de aquellos sectores sociales y culturales que habrían de gravitar en las decisiones de la conducción de la sociedad, fue desarrollada sistemáticamente por los jesuitas. Igualmente fue importante en esta estrategia de la potenciación de las calidades personales de sus miembros, no solamente una fuerte rigidez en el control de las conductas sino también la fortificación de las aptitudes y vocaciones de cada uno de sus integrantes.

La Compañía de Jesús se estructuró haciendo espacio a quienes desde el campo de las artes y de la arquitectura habían desarrollado su vocación en la sociedad civil. Muchos hermanos coadjutores, sin hacer los votos sacerdotales, apuntalaron la acción de la orden en todo el territorio americano y fueron los verdaderos protagonistas de este perfil que hoy valoramos en la acción de los jesuitas.

Está claro que el mismo se desarrolló en una estructura donde el mecenazgo de la Iglesia Católica en las artes configura el hito más relevante de las manifestaciones culturales, pero también es cierto que los coadjutores de la Compañía buscaron promover muy directamente la acción creativa de los indígenas a partir de su

propia cultura. Éste fue quizás uno de los temas conflictivos con la Corona española, que veía con malos ojos el sistema de enseñanza de las lenguas indígenas y la postergación del idioma castellano.

Pero esto fue parte de una experiencia de acción que se basaba en ciertas premisas esenciales, como la capacidad de planificación de sus acciones por una conducción centralizada y ejecutiva y, además, por una fuerte dosis de pragmatismo que llevaba a adoptar las decisiones en función de circunstancias contextuales. Estas virtudes no obviaban la vigencia de los modelos europeos; uno de ellos, quizás el más relevante, sería el de la propia traza de las iglesias jesuitas, que seguían el patrón del «Gesù» que Vignola realizó en Roma.

Otro hecho singular de la Orden fue que su proceso de acción en América estuvo caracterizado por la diversidad de la procedencia de sus miembros. Quizás el aporte más singular fue justamente este trasvasamiento directo de hermanos coadjutores arquitectos, escultores, pintores y plateros procedentes de Italia, Alemania, Checoslovaquia, Francia, Bélgica, Hungría y Holanda que, junto a los españoles y portugueses, permitieron integrar conceptos y lenguajes de muy variadas experiencias.

También es cierto que la rigidez conceptual de los jesuitas frente a su tarea en la evangelización se fue flexibilizando a medida que la realidad americana mostraba sus propias facetas. Quizás el caso más notorio es el conflicto que la Compañía de Jesús tiene con el virrey Toledo en el Perú en el último tercio del siglo XVI, cuando éste los conmina a hacerse cargo de poblados indígenas en su función parroquial. Los jesuitas, ubicados en los centros urbanos, entendían su tarea de evangelización como una acción de «misionar» entre los indígenas, es decir, predicar, dar los sacramentos y retornar a sus sedes urbanas.

Los conflictos morales, económicos y sociales derivados de la «administración» de pueblos de indios, que se habían generado antes de la llegada de los jesuitas en diversos países de América, no motivaban a la Orden a aceptar estas tareas. El virrey Toledo sugirió al Rey que los jesuitas fueron retirados del virreinato del Perú, que entonces abarcaba todo el territorio sudamericano, si no asumían aquellas funciones que el poder político consideraba imprescindibles.

Los jesuitas, luego de un arduo debate en la Orden, aceptaron hacerse cargo de un pueblo, el de Juli, junto al lago Titicaca (entre Perú y Bolivia), que estimaron podía ser de utilidad para ensayar allí un «Seminario de lenguas», es decir, un lugar donde los religiosos se adiestraran en los diferentes idiomas indígenas de la región. Sin embargo, su capacidad operativa, su protección de los derechos de los indios y su modalidad de trato, junto al testimonio personal, convirtieron a Juli en un pueblo

26. Dos detalles de la decoración de la a de la iglesia de la bañía en Arequipa, Perú.

emblemático en todo el virreinato y les sirvió esto a los jesuitas no solamente para cambiar su visión del antiguo sistema de «entradas a misionar», sino para proponer el nuevo mecanismo de sus reducciones del Paraguay.

A esta ductilidad pragmática unieron los jesuitas la creatividad: una asombrosa capacidad para generar programas urbanos, reconocer el territorio y documentar las características de los pueblos y paisajes naturales. Los jesuitas fueron los grandes cartógrafos del territorio americano hasta la expulsión de la orden en 1767 y solamente los ingenieros militares desarrollarían luego una tarea complementaria de este denodado esfuerzo por conocer esa inmensa y compleja realidad continental.

Quizás lo que más se valora hoy del aporte cultural de los jesuitas es la formación de una conciencia criolla, de un espíritu nacional, que habría de desembocar en el proceso de la independencia de nuestros países. Pero no cabe duda de que las experiencias sociales y culturales de los jesuitas estuvieron a la vanguardia de un vasto proceso de integración social que determinó que en el siglo XVIII el mundo americano fuera sustancialmente distinto del que ellos habían encontrado dos siglos antes.

Les tocaría también a los jesuitas desde sus diversos sitios de exilio reescribir la historia de América, desmontar la visión ilustrada de la supuesta «barbarie» americana y potenciar los valores de unas sociedades que transitarían el equivocado camino de dejar de ser ellas mismas para imitar a los nuevos colonizadores europeos.

Vamos a presentar someramente algunos de los aportes de la Compañía de Jesús en el campo del urbanismo, la arquitectura, la escultura, la pintura y en el campo de las artes útiles para esbozar lo que fue un enorme esfuerzo de superación en el plano cultural y la utilización del arte como medio de persuasión y participación en la transferencia del mensaje evangélico.

### *Los jesuitas y la arquitectura iberoamericana*

Es evidente el aporte que la Compañía de Jesús realiza en el concierto de la arquitectura latinoamericana fundamentalmente en los siglos XVII y XVIII, cuando la presencia del pensamiento barroco de la Contrarreforma marca un hito relevante en la cultura americana.

En efecto, serían los jesuitas quienes implementarían con mayor entusiasmo y eficacia las dos consignas conceptuales del Barroco: las de persuadir y, a la vez, asegurar la participación de la sociedad en la construcción de un universo cristiano. La persuasión se buscaría a través de la transmisión del pensamiento y también por medio de la apelación a los sentidos, de aquí que el desarrollo de las artes se configurara como un tema central en la problemática de la evangelización.

Esto había sido comprendido desde temprano, cuando los programas iconográficos del siglo XVI se habían colocado en las paredes de los templos y conventos con un sentido pedagógico que exaltaba en forma apologética la trayectoria de los santos de las órdenes mendicantes y que transfería los rudimentos del catecismo. Los jesuitas recogerían estas experiencias pero inclusive las articularían con los elementos de la vida cotidiana o de las vinculaciones del poder, tal el caso de las pinturas del casamiento del primo de San Francisco Xavier con la Nusta incaica que se encuentra en varias versiones en el Perú (en la iglesia de la Compañía del Cusco y en Combapata).

Pero la acción de los jesuitas atendía también al tema de la participación, elemento clave que potenciaba el carácter habitual de ritualización de los actos de la vida cotidiana que ejercitaban las comunidades indígenas. Las ciudades de españoles solían dividir, sobre todo en la primera fase del siglo XVI, lo que era conocido como la «república de los indios» de lo que era el hábitat del europeo. Un caso concreto que afecta a los jesuitas –quienes se hacen cargo de la parroquia– es la formación en Lima de un barrio de indígenas conocido como «El Cercado», porque una muralla lo separaba físicamente del resto de la capital virreinal. El integrar al indígena en la sociedad urbana y, por el contrario, el aislarlo del europeo en las misiones rurales, es la evidencia de una política que atendía a dos formas diversas de participación. Una de ellas homogénea en los pueblos de indios, que muchas veces ha sido nominada como teocrática, y otra que asegurara la creciente participación de los estratos populares en la vida urbana.

Una vida urbana donde lo festivo y ritual alcanzaba grados crecientes y donde la participación de los sectores populares (indígenas y otras castas, incluyendo a los mestizos y criollos) era cada vez más relevante. Aquí la arquitectura de los jesuitas desempeña un papel relevante para recuperar el carácter de construcción de una escenografía urbana que sirviera de telón de fondo de esa representación teatral de la existencia. Las portadas de los templos jesuíticos son muchas veces el remate preciso de espacios urbanos, tanto en trazas de ciudades tempranas, como podemos ver en la Plaza de La Habana o en un medio urbano lusitano, y por ende diferente, en el «terreiro» de Salvador (Bahía, Brasil), dos casos donde los antiguos templos de los jesuitas sirven actualmente de catedrales.

### *El urbanismo*

Por la tardía llegada de los jesuitas a América, cuando la conquista ya estaba avanzada y cuando se habían concretado diversas fundaciones de ciudades, la Com-





227. *La boda del primo de Javier, Martín de Loyola, con la Nusta, una princesa inca, Museo Pedro de Osma, Lima.*

pañía de Jesús no recibiría un sitio en las reparticiones originales de muchas poblaciones. A las otras religiones se les habían distribuido solares gratuitos (generalmente de una manzana y a distancias equivalentes de la Plaza Mayor) mientras que la Compañía encontró ocupada el área central de las ciudades y tuvo que conformarse con espacios menores, donaciones de vecinos y frecuentemente con la adquisición de solares que permitieran su localización.

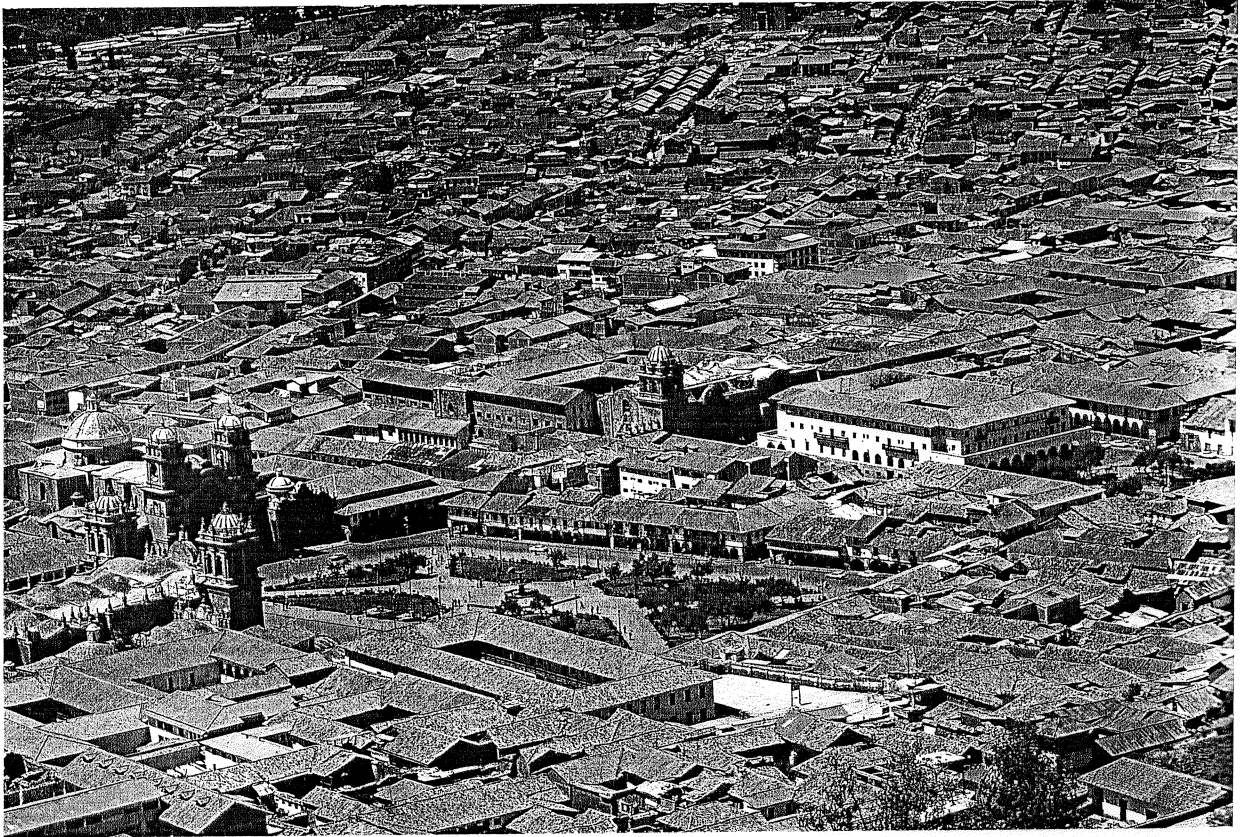
Inclusive, en los casos paradigmáticos en que la iglesia de la Compañía se localizó en la Plaza Mayor, como fueron los casos del Cusco y de Buenos Aires, esta situación generó conflictos con otras autoridades eclesiásticas que consideraban que su presencia en el mencionado espacio generaba una suerte de «competencia» a la catedral. Hay casos en que la ubicación de un primer momento es cambiada más adelante y es entonces cuando se logra una cierta amplitud. Es lo que pasa en Buenos Aires, con el traslado a un nuevo sitio en el siglo XVII.

Aquellas circunstancias de origen pueden explicar el motivo por el cual las instalaciones urbanas de los jesuitas nunca alcanzaron la magnitud de los seis claustros franciscanos de Lima o Quito, ni el espacio urbano que ocuparon algunos monasterios de monjas de clausura dentro de las ciudades. También es preciso hacer referencia a que en general los jesuitas y sus coadjutores conformaban un número menor de religiosos de los que residían habitualmente en los conventos. Por una parte ellos tenían «colegios» y no «conventos» de clausura y a veces residían en «casas» que les eran cedidas por donantes o adquiridas por la Orden.

Pero más allá de esto, debe tenerse en cuenta que los edificios jesuíticos albergaban diversas funciones que por lo general sobrepasaban las de otras congregaciones religiosas. Su vocación por la enseñanza generaría rápidamente colegios para diferentes niveles de formación, llegando a fundar universidades en varias ciudades. Esto llevaría no sólo a ampliar el edificio principal, sino que se extendería con la compra o la construcción de otros edificios fuera de la manzana de base.

En las ciudades de gran tradición prehispánica, como Cusco o México, donde la nobleza indígena tenía un peso importante, los padres crearon colegios para la formación de hijos de caciques. Lo mismo hicieron para formar a los descendientes de los conquistadores menos pudientes. Para cada una de estas instituciones se buscarían edificios relacionados con los barrios en que habitaban esos grupos, reservando el conjunto principal para el colegio mayor.

Esos establecimientos generaban así una especie de red que tenía presencia cotidiana y que se manifestaba especialmente en las festividades cívicas y religiosas. Los desfiles, a veces con cabalgaduras y vistosos uniformes, no pasaban inadvertidos. Lo mismo sucedía con las funciones públicas cuando se defendían tesis universitarias y aun cuando se culminaba algún ciclo lectivo. A ello debería agregarse que, en algunas ocasiones, estudiantes de los colegios menores asistían al mayor para ciertas materias, o que en unos y otros se recibían visitantes para algunas cátedras libres y aun para entretenimientos.



La combinación de otras actividades como la atención de hospitales, el movimiento de las procuradurías y la relación constante con las casas redituantes, consolidaba aun más esas presencias urbanas. Estas últimas, casas que iban anexándose a las propiedades de la Compañía, permitían obtener una renta para solventar algunos gastos de la obra de la Orden. El caso de los hospitales agrega un ingrediente más, ya que al situarse un tanto alejados del centro, dan lugar a nuevos lazos con otros barrios de la ciudad.

Asimismo, estaban los llamados «tambos», que funcionaban como hospederías en las ciudades principales —como Cusco y La Paz—, lo que daba lugar a intercambios con los viajeros. Finalmente, debería hacerse una mención a las influencias que los jesuitas tuvieron en la atención espiritual y el fomento de establecimientos femeninos menores, como los beaterios, a los que apoyarían en su organización, así como también en las casas de ejercicios espirituales que, con diferente fortuna, llegaron a fundarse siguiendo el modelo ignaciano.

El complemento de esta tarea urbana fueron las acciones de las misiones indígenas que se desarrollaron desde México hasta el Paraguay, que mostraron la vitalidad del proyecto jesuítico y las posibilidades de la integración de una sociedad indígena creativa y potente, algo que también fue visto como un peligro por las coronas de Portugal y España. Cabe mencionar, como co-

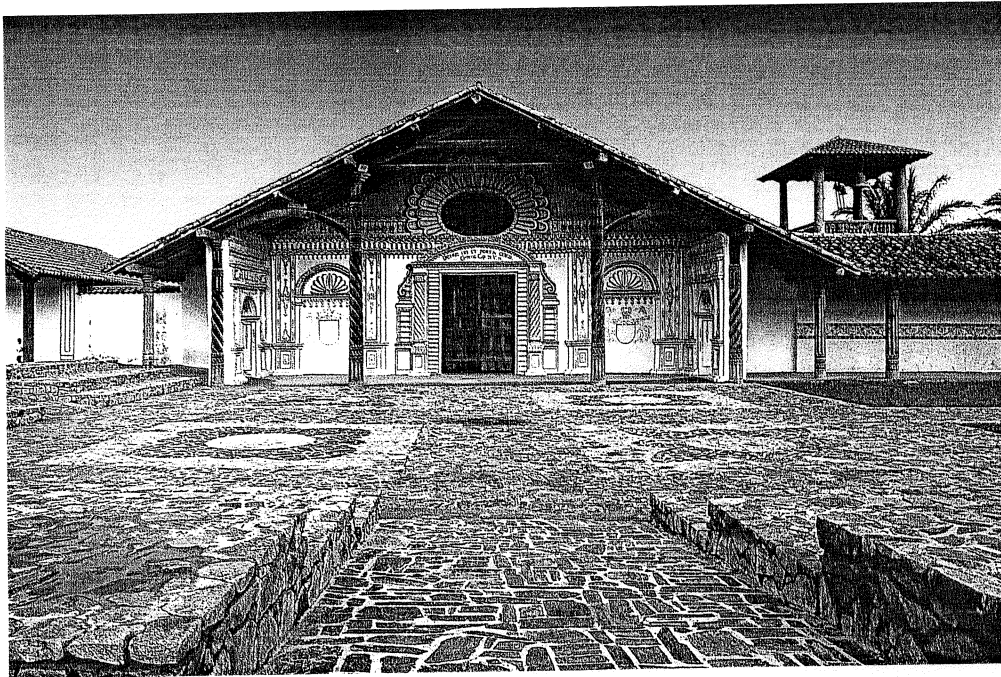
rolario, que decenas de jesuitas fueron martirizados en esta vasta tarea de la conversión de los nativos desde Sonora, Sinaloa y Chihuahua en México, hasta las selvas del Guayrá en Sudamérica. Para la Orden, el ejercicio de la caridad no era contemplativo sino que tenía el sello de una acción apostólica que se ejercía con creatividad y tesón.

Si bien en un primer momento los jesuitas trabajaron con el sistema de «misiones circulares» o «misiones temporales», como se las llamó en México, y que se ejercían en lugares cercanos a las ciudades o en las inmediaciones de haciendas o explotaciones mineras, poco a poco fueron poniendo el acento en el establecimiento de pueblos.

Claro que en algunos sitios, como en el sur chileno, se mantendría el sistema mucho tiempo, ya que la geografía y el clima condicionaban tal situación. En 1608, se instalaría en Castro el colegio del Dulce Nombre de Jesús que daría lugar a una de las modalidades misionales más notables, que iba recorriendo los archipiélagos catequizando a los indígenas y creando puntos de referencia en pequeñas capillas y caseríos ya misionados. La estrategia era ir avanzando concéntricamente desde los islotes más próximos hasta los más remotos, utilizando las épocas adecuadas, entre los meses de septiembre y mayo. El apoyo de «patrones» y «fiscales» fue fundamental para la labor de perseverancia y consolidación.

228. Vista de conjunto de la ciudad de Cusco, Perú.

229. La iglesia de madera de Santa María de Achao, al sur de Chile.



Los jesuitas lograron así un enorme consenso a partir de sus misiones circulares con la población indígena, haciendo coincidir la presencia misionera con la festividad principal del año para cada comunidad.

En estos asentamientos de la región de Chiloé las condiciones de la topografía y del bordemar condujeron a la formación de estructuras «espontáneas» que no respondían a un modelo urbano predeterminado, aunque se respetaban las condiciones geográficas del emplazamiento y la jerarquía de la capilla dentro del conjunto, que tendía a fortalecer el entorno de su plaza-atrío. Es posible que la idea de colocar las casas un poco separadas tuviera que ver con los riesgos de la propagación de los incendios, pues toda la construcción era de madera. Es así como la política urbana de concentración, en esta zona tendría visos de andadura hacia el último tercio del siglo XVIII.

// Otra forma de adoctrinamiento fue el de las misiones estables, con forma cabal de pueblo. Si en Juli (en el Altiplano peruano) los jesuitas se encontraron con una población afincada en el lugar y en parte ya catequizada, en la mayoría de los sitios la organización necesitó ser diferente. En Juli se trataba de utilizar una organización social existente, con comunidades bien definidas que habitaban un mismo pueblo y que por esa identi-

dad segmentada hacían indispensable la fundación de barrios con sus respectivos templos.

Pero más adelante, y en vista de lo acertado de su actuación en el Altiplano, los jesuitas serán llamados a misionar entre grupos indígenas más alejados, generalmente en los límites de los dominios españoles. La idea era la de conseguir con esto la formación de un virtual «antemural» de contención fronteriza a través de pueblos de indios a cargo de la Orden. Los comienzos fueron harto difíciles pues no sólo se trataba de cuidarse de tribus salvajes, sino también de invasores portugueses y aprovechados encomenderos españoles que veían a estos indios como una posible oferta de mano de obra barata, más cuando ya habían recibido un cierto adoctrinamiento por parte de los padres. Ello llevaría a que en algunos puntos, como en el Paraguay, los primeros pueblos fundados debieran trasladarse mucho más al sur hasta encontrar un sitio más apacible.

Pero en ése y en otros casos, como los de Moxos y Chiquitos, las fundaciones de pueblos ya no fueron empresas singulares ni eventuales, sino que respondieron a un plan ordenado que incluía un vasto territorio en cada una de las ocasiones. Fue así como tanto en aquellos grupos cuanto en las misiones guaraníicas, la organización se basaba en una federación de pueblos que se

230. La iglesia de Javier en la misión Chiquitos, Bolivia.





31. *La misión jesuítica de San José de Chiquitos, Bolivia. Grabado de Alcide 'Orbigny, Voyage dans l'Amérique méridionale.*

apoyaban entre sí y en una gran extensión de tierras que se explotaban para la comunidad en su conjunto. Entre las primeras décadas del siglo XVII y hasta la expulsión en 1767, estos pueblos fueron afincándose respondiendo a un patrón común, aunque cada uno con su propia identidad.

Para la conformación de estos pueblos se tuvieron en cuenta ciertas recomendaciones reales sobre emplazamiento, pero en realidad se plantearon diseños que se alejaban tanto de lo que proponían las leyes cuanto de lo que era común en estas tierras. Si por un lado ésta fue una experiencia inédita, también tomó ideas propias del mundo aborigen, como la relación con el medio natural a través de una graduación urbano-rural.

La plaza del pueblo era siempre el lugar de encuentro, donde la comunidad se sentía identificada. Al fondo, una especie de telón formado por la iglesia, la residencia, las oficinas y el muro del cementerio cerraba la visual. A los otros tres lados de la plaza había viviendas, todas con sus galerías de protección. Las cuatro esquinas se marcaban casi siempre con cruces que se usaban en las procesiones y como lugares de catequesis. El patrón del pueblo, la Semana Santa y el Corpus Christi eran días en que el sentido ritual se multiplicaba, sobre todo en este último, cuya festividad era una directa con-

secuencia del Concilio Tridentino. Danzas, torneos y juegos con premios y representaciones teatrales se desarrollaban en la plaza y en el atrio de la iglesia, teniendo al templo como fondo.

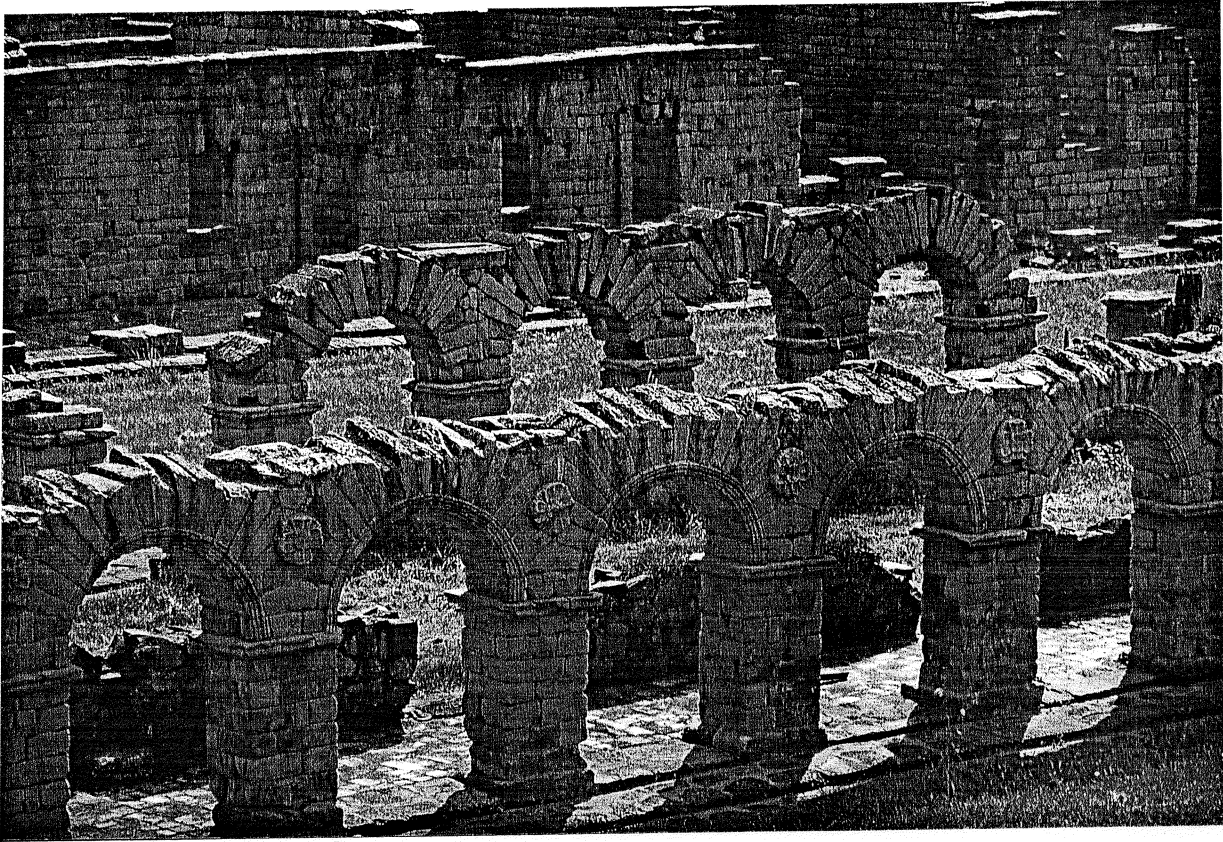
Los templos se vieron siempre como el centro de la vida misional junto con la casa de los religiosos. La iglesia era la casa de Dios, la de los jesuitas, pero también era la casa de la comunidad toda, ya que ella misma la había construido y la conservaba. A uno de los lados de la iglesia estaba el cementerio y al otro se encontraba el llamado colegio o residencia de los jesuitas. Le seguían las oficinas o talleres, donde se ejercían los oficios que cubrían las necesidades del pueblo y donde se distribuían las raciones de carne u otros productos. Colegio y oficinas se desarrollaban alrededor de sendos patios.

Por detrás de todo este conjunto se extendía la huerta, en la que se cultivaban frutas, legumbres, hortalizas, la uva para el vino ritual y las flores para adornar la iglesia. La huerta se convertía así en uno de los eslabones de esa cadena ecológica: la plaza era el centro del poblado, síntesis y símbolo de la ciudad, seguían los barrios, la huerta, los terrenos suburbanos, los cultivos y corrales, hasta llegar a la campiña abierta y a los bosques.

Las casas tuvieron en un principio características similares a las que cada grupo tenía como tradición. Con







234. Los arcos de las casas de los indios en la misión de Trinidad, Paraguay.

gráficas fueron notables. Porque no fueron producto de un plan urbano preconcebido, sino que, partiendo de un modelo ideal, llegaron a un plan unitario, aunque con características particularizadas. Si entre los pueblos de guaraníes vemos la existencia de una gran avenida de entrada que desemboca en la iglesia, entre los de Chiquitos vemos que ese acceso se hace a través de dos calles paralelas. Pero dentro de estas singularidades de cada conjunto, podemos además encontrar diferencias de pueblo a pueblo, en la forma de disponer las manzanas de casas, en la existencia de más oficinas de labor y en tantos otros asuntos.

El jesuita dio mucha importancia al trabajo mancomunado, lo que fue posible por su propio ejemplo y por la organización que lentamente imprimieron en los pueblos. La complementación laboral y económica dio lugar a una red funcional y de ayuda mutua. Asimismo, la ubicación de la mujer estaba bastante avanzada con respecto a lo que sucedía en otras ciudades hispanas. Pero lo interesante es que esta organización comunitaria no era anónima, sino que cada cual recibía un trato personalizado. El control de la población en cuanto a su número máximo permitía conocerse y estimar las habilidades de cada uno.

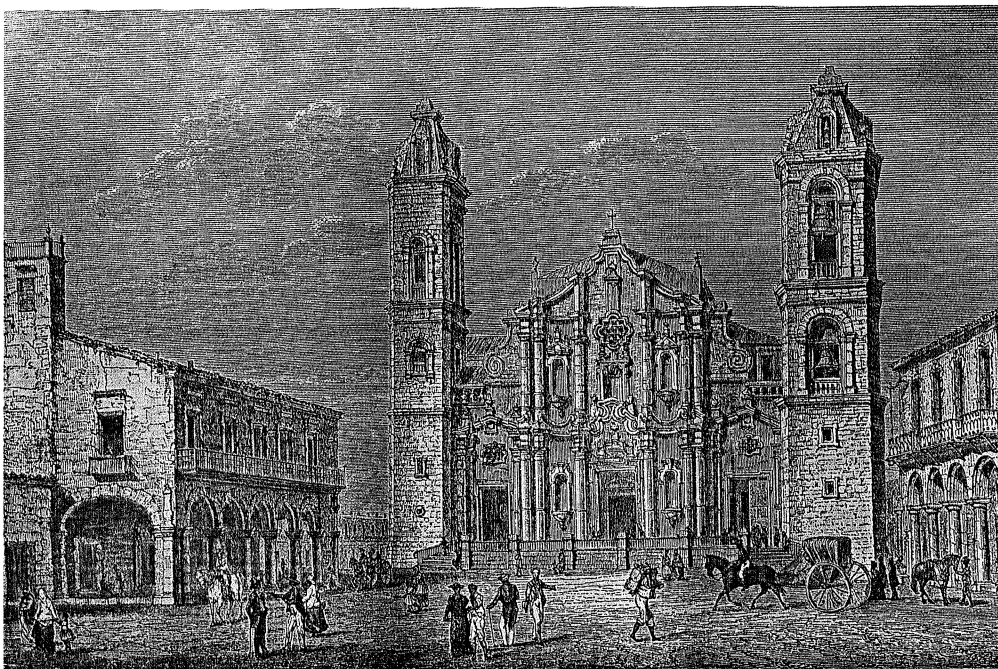
Los misioneros tenían bien en claro que era mucho lo que había que hacer y que no se conseguiría de un plumazo. Mientras otros religiosos relataban masivas y mi-

lagrosas conversiones, los jesuitas prefirieron ir con pies de plomo alcanzando situaciones más estables. Esta forma de trabajo signada por la lentitud, pero también por la firmeza, dio grandes frutos porque no imponía obligaciones, sino que persuadía de los beneficios.

Es así como en todos los aspectos —materiales, espirituales, organizativos— hay etapas que se afirman por la actitud positiva del aborígen, a veces en dilatados períodos. Los pueblos que conocemos —ya del siglo XVIII— no parten de una forma inventada en las primeras fundaciones, ni las técnicas agrícolas, ni la manera de organizar los talleres. Tampoco fueron iguales las responsabilidades dadas en uno y otro momento a quienes tenían puestos públicos, ni la firmeza con que se solicitaba la adhesión a ciertos principios cristianos.

Evidentemente, la organización urbana y territorial ayudó a ello, por haber lugares especialmente destinados a cada una de estas actividades. Cuando se leen algunos relatos o se estudian los planos de ciertos pueblos, puede tenerse la impresión de estar ante organizaciones muy rígidas de tiempos y espacios. Sin embargo, fuera de la flexibilidad que seguramente habría, se constata que en todos los pueblos existían los sitios necesarios y con características adecuadas para desarrollar las tareas propuestas.

En todos los casos, se había tratado —de una u otra manera— de «reducir a pueblo», de concentrar en «po-



licia» (polis = ciudad) a los indios para poder evangelizarlos mejor y a la vez asegurar un más eficiente cobro de tributos. El uso de la lengua nativa y la prohibición para españoles, criollos y mestizos de permanecer en los pueblos más de tres días debió ser vital para el desarrollo del proyecto misional jesuítico, que hubiera tenido sin duda mayores tropiezos sin ese aislamiento. Claro que, en casos como el comentado del sur de Chile, la misma forma dispersa de los poblados parece haber disuadido de aquella modalidad de permanencia.

El pragmatismo de los jesuitas se nota en la capacidad de capitalizar sus propios errores, en superar las contingencias que presuponían el abandono de las misiones por indígenas rebelados o los propios conflictos locales con la autoridad. La capacidad de persuasión que presuponía hacer sedentarios a indígenas nómadas implicaba también asumir modos de producción que aseguraran el sostenimiento económico básico de la comunidad. Los cambios tecnológicos y productivos de los aborígenes fueron notables.

Pero fuera de estos grandes conjuntos de pueblos, hubo multitud de pueblos de misión en las cercanías de cada ciudad española y aun en terrenos más aislados.

Algunos de ellos fueron la base de las misiones itinerantes, llegando, como en Achao (Chile) a localizar allí también una casa de ejercicios. Para ello, lógicamente se elegían lugares de tránsito y de concentración comercial y se usaban sus plazas como referencia cierta para la congregación de la población en sus actividades festivas emblemáticas.

Otros fueron como avanzadas en territorios casi vírgenes en los que llegaron a formarse caseríos y hasta pueblos bastante organizados. Otros no llegaron a consolidarse a pesar de los grandes esfuerzos de intrépidos religiosos que se adentraban en sitios inhóspitos y con dificultades de todo tipo, inclusive de comunicación con sus superiores. Las crónicas dejadas por muchos de ellos, especialmente quienes de vuelta en sus tierras de origen después de la expulsión tuvieron la calma para anotarlas, nos hablan no tanto de sus propios sacrificios como de panoramas de la historia natural, de las costumbres aborígenes y de cómo estaba organizada la vida de esos pueblos. Martín Dobrizhoffer y Florián Paucke son dos ejemplos del nordeste argentino.

Este último hasta nos deja dibujos del pueblo de San Javier de Mocovíes, con su iglesia, sus casas, sus canales

235. *La catedral de La Habana en Cuba.*  
Grabado de Naulet por E. Charbon, *Le tour du monde*, 1861.

236. *La fachada de la iglesia de la Compañía de Cusco, Perú.*

237. *La fachada de la iglesia de la Compañía de Quito, Ecuador, obra de los padres jesuitas Leonardo Deubler y J. Gandolfi.*

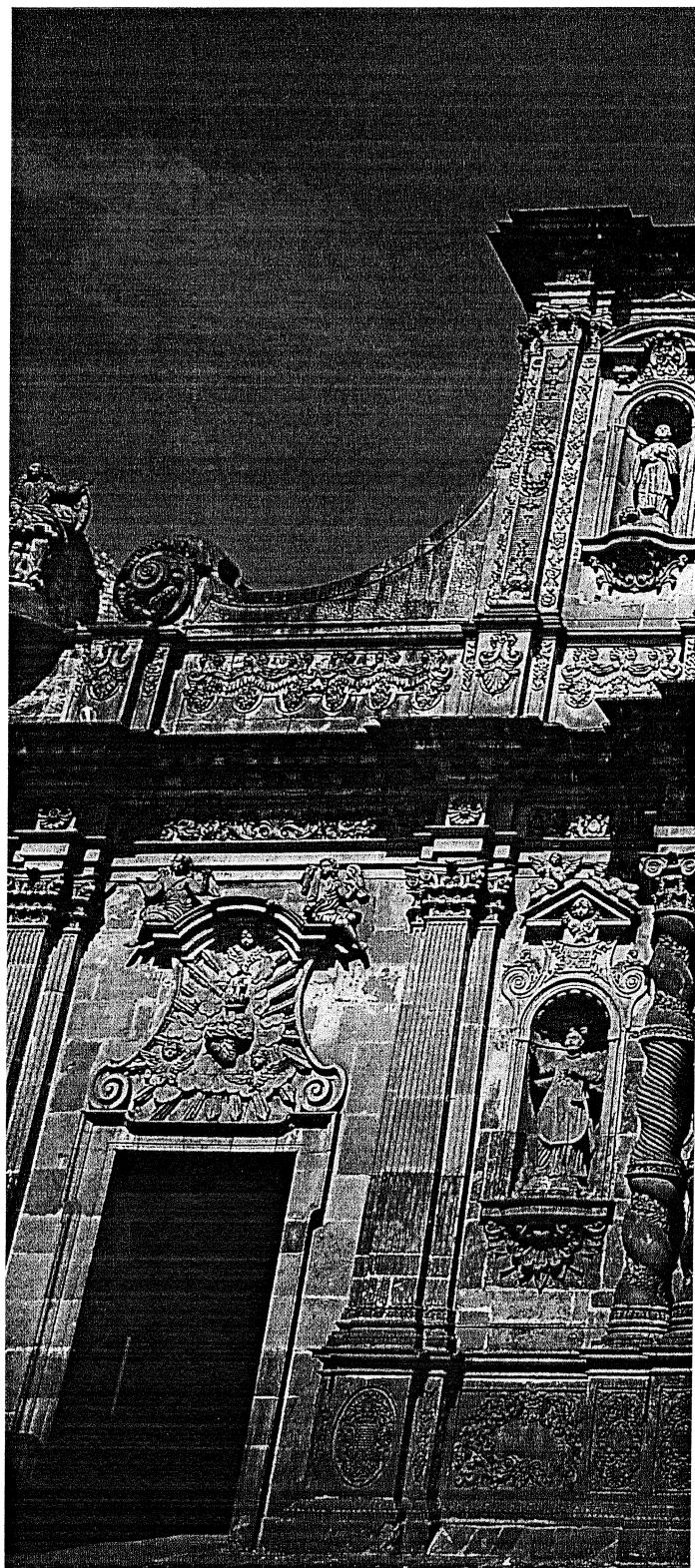
y sus fiestas. A través de su libro podemos ver que allí la cuestión urbana no correspondía al mismo patrón de aquellos grupos de pueblos federados. Sus mismos relatos nos hablan de que, por estar en las cercanías de la ciudad de Santa Fe, debían atenerse a las autoridades civiles y la falta de aislamiento les traía un montón de dificultades para desplegar su misión. Entre ellas, estaban las órdenes de traslado del pueblo que más de una vez recibieron, lo que los llevaba a adaptaciones en cada nueva ubicación.

Como vemos, en el aspecto urbano, también fue variada la influencia de los jesuitas. Algunos de los pueblos por ellos fundados se han convertido hoy en ciudades, algunas de notable importancia. En otros sitios, la iglesia de la Compañía es un hito fundamental de la ciudad. Finalmente, en multitud de pueblos su huella ha quedado impresa de diversas maneras.

#### *La arquitectura urbana*

Los programas arquitectónicos de la Compañía de Jesús, sobre todo en lo que hace a sus templos urbanos, sigue claramente las pautas de un control modélico basado en el Gesù de Roma. Un partido arquitectónico de una nave principal y dos naves de capillas laterales, un crucero rematado en una cúpula (que en Roma es simplemente pictórica) y una capilla mayor que, como es habitual en los ejemplos lusitanos, es de dimensiones más generosas que las hispanas. Este partido se reitera de uno a otro extremo del continente americano y no faltan evidencias de que hay casos en que el propio plano de la traza fue remitido desde Europa. En todo caso la acción de hermanos coadjutores arquitectos como el alemán Juan Kraus en Buenos Aires, el alemán Deubler, los italianos Gandolfi en Quito o Coluccini en Bogotá, el belga Lemaire en Córdoba y tantos otros de diversas procedencias, muestran que en lo referente a la traza de los templos la normativa tenía vigencia.

Pero esta aceptación de un trazado no implicaba una dependencia cultural sino meramente una aproximación al patrón de lo emblemático para la Orden, pues llegado el momento de resolver desde la fachada hasta el tratamiento del espacio interior del templo, cada uno de ellos era una respuesta original y diferente. Así podemos encontrar tanto los estucos dorados y policromados de Quito cuanto las bóvedas de madera de cañón corrido con sus pinturas en Córdoba, la quincha estucada de San Pedro de Lima y hasta las bóvedas de sillar del templo de Arequipa. Fachadas con tensiones borrominescas en el movimiento de los cuerpos como en La Habana, arquitectónicos retablos de piedra como en Cusco o exuberantes ornamentaciones







como en Tepotzotlán configuraban lo que los hombres del XVIII conocían como «máquinas de persuadir» a través de diferentes maneras de expresar una misma búsqueda.

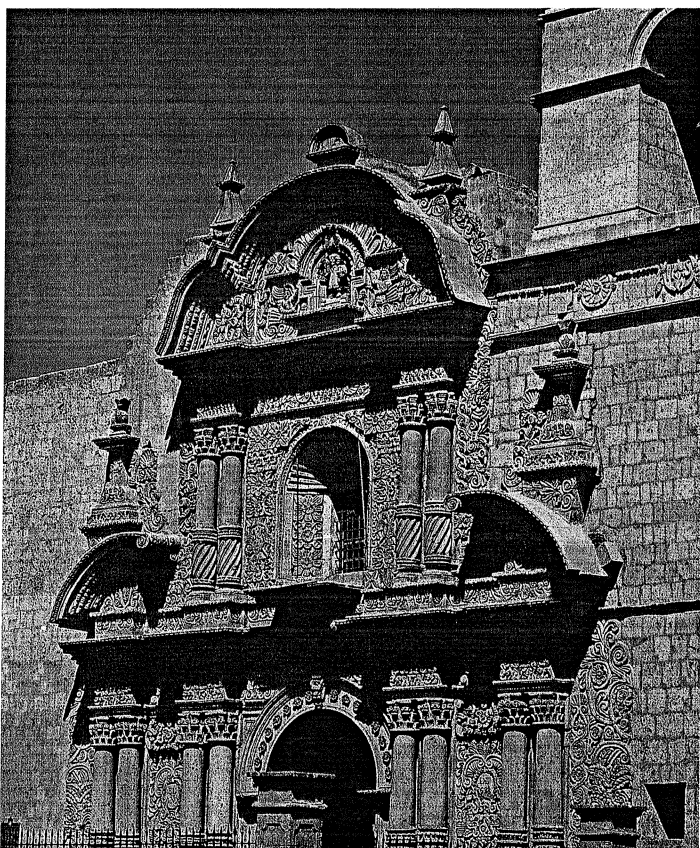
Es claro que la arquitectura de los templos urbanos de los jesuitas está vinculada físicamente a la localización de sus establecimientos educativos: sus colegios, noviciados, seminarios y universidades. Hay casos en que estas estructuras configuran lo esencial, como podíamos encontrar en el colegio para hijos de caciques de San Francisco de Borja en el Cusco, pero en otros ejemplos el templo adquiere unas proporciones que sobrepasan de todo el conjunto, como en las estancias jesuíticas de Córdoba (Argentina), donde las construcciones anexas son mucho más modestas.

En la faz económica, como todos los conventos y monasterios, los establecimientos jesuíticos se mantenían prioritariamente por las donaciones, así como por las

hipotecas y censos que formaban sobre los bienes que les eran legados, tanto urbanos como rurales. Era frecuente que los conventos actuaran como «bancos de préstamos» para su feligresía y que muchas veces se formaran hipotecas sobre bienes raíces que luego quedaban en manos de los prestamistas. De aquí la acumulación de propiedades que tenían las órdenes y la Iglesia, lo que llevaría a la desamortización de bienes por parte de los diversos estados en el siglo XIX. En rigor, los bienes de los jesuitas fueron los primeros expropiados cuando se expulsó a la Crden de España y sus territorios en 1767, como ya había hecho Portugal en 1759.

Es en ese momento cuando podemos comprender la importancia e incidencia que tenían los templos y edificaciones de la Compañía de Jesús, pues tanto obispos como superiores de órdenes religiosas reclaman la adjudicación de estas instalaciones a las Juntas de Temporalidades que administraban los bienes de los expul-

238. Detalle central de la iglesia de la Compañía de Perú.



139. Vista de conjunto de la iglesia de la Compañía de Arequipa, Perú.

«eran mucho más importantes que sus catedrales o conventos». Inclusive nuevas órdenes religiosas como los oratorianos de San Felipe Neri y los hospitalarios betlemitas ocuparían instalaciones de los jesuitas como La Profesa de México o San Pedro Telmo en Buenos Aires.

Sin embargo, para mantener sus colegios, noviciados y universidades, los jesuitas implementaron unos sistemas económicos más complejos, basados en la producción agrícola, un incipiente desarrollo industrial y el fomento de la producción de herramientas y objetos artesanales. En muchos de sus colegios habría almacenes para traer los resultados de la producción agrícola y se habilitarían «procuradurías» para el expendio de estos bienes que ayudaban a las misiones de los indígenas y al mantenimiento cotidiano de sus residencias urbanas. También para estas actuaciones y para el trabajo coti-

diano de las casas, los jesuitas tenían «rancherías» donde vivían indígenas y esclavos que ayudaban a tales menesteres.

La importancia de estos sistemas económicos era de tal magnitud y complejidad que, una vez que la Junta de Temporalidades ocupó los bienes de los jesuitas, no supo cómo administrar unas economías que funcionaban complementariamente con una gerencia centralizada.

La planificación que pusieron en marcha los jesuitas para la administración de sus bienes, con un manejo centralizado y autónomo, generó el recelo y las envidias de la corte de Carlos III, quien, atento a lo dispuesto por el Marqués de Pombal en 1759, dispuso la expulsión de la Orden de España y sus dominios. El desencadenante fue un motín que en España en 1766 generó la invasión del palacio real exigiendo la destitución del Marqués de Esquilache. El «ilustrado» Campomanes realizó un informe que proclamaba a los jesuitas autores intelectuales de la movilización popular y señalaba el grado de autonomía, libertad y lealtad que habían alcanzado entre ellos y su total subordinación al Papa, lo cual veía como una amenaza al poder efectivo del Rey.

### Las iglesias

Si bien los jesuitas encontrarían su figura más representativa en la arquitectura en el hermano coadjutor Andrea Pozzo, redactor de la *Perspectiva pictorum et architectorum*, lo cierto es que casi contemporáneamente a la llegada de la Orden a América en el último tercio del siglo XVI se comenzó a esbozar la idea de poseer modelos para los templos de la Orden y sus espacios litúrgicos. Como señala el padre Heinrich Pfeiffer, desde 1613 hubo obligación de remitir a Roma copias de los planos de los templos que los jesuitas realizaran en cualquier parte del mundo. Probablemente muchos de ellos sean los que se conservan en la Biblioteca Nacional de París y que fueron catalogados por Valéry Radot.

Si hemos señalado la importancia urbana que tuvo la fachada de los templos jesuíticos en la escenografía de las «vías sacras» y recorridos procesionales, no podemos dejar de mencionar la importancia con que el Barroco atendió al conjunto de los sentidos en su voluntad de conmovir. Los espacios de los templos se llenaban no solamente de objetos materiales de tapices o platería, de imágenes o monumentos, sino también de música, de aromas y perfumes de las velas o el incienso, de los cantos y coros. La movilidad de las procesiones y el énfasis de los sermones en definitiva convertían aquellos ámbitos en espacios variados y cambiantes en sus decoraciones y climas.





En la configuración de estos espacios tanto la pintura mural cuanto los retablos cumplían un papel preponderante en la doble función de conmover y generar la inquietud por lo extraordinario. Los retablos de Tepozotlán con sus efectos lumínicos sorprendentes o la inestabilidad derivada de sus decoraciones de ángeles y figuras que aparecen como colgadas, son una adecuada muestra de esta estrategia. Como señalaba recientemente Alfonso Alfaro, la «composición del lugar» era uno de los principales instrumentos de meditación que preconizaba el libro de *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de

Loyola y ello «permitía utilizar a fondo los recursos de la imaginación sensorial con el mismo propósito de establecer un puente con las verdades últimas del universo».

Para el mantenimiento de las iglesias uno de los puntos claves de la acción de los jesuitas fue la creación de cofradías que atendieran a la construcción de sus capillas, altares y generaran la devoción en las festividades de sus patronos. Particularmente la Cofradía de la Purísima Concepción en México expresaba lo que sería común en diversos templos jesuítcos: la veneración a la Virgen María y dentro de ella la de la Virgen de Loreto

240. Vista cenital de la cúpula del Camarin de la Virgen de Loreto en Tepozotlán.



1. *La fachada de la iglesia de San Francisco en Tepotzotlán, México.*

y la Casa de Nazaret, de la cual se harían capillas votivas en muchos colegios y noviciados (San Bernardo en Cusco) o en las misiones de indios (Santa Rosa en el Paraguay). Ello no obviaría la existencia de otras cofradías de carácter gremial, como la de los barberos que tenía su sede en el templo de la Compañía en el Cusco.

Entre los templos mexicanos cabe señalar la importancia que tuvo el de San José el Real, conocido como «La Profesa», donde tempranamente el retablista y pintor Baltasar de Echave Orío realizó el altar principal y una pintura de la «Gloria de San Ignacio» en 1610. El

nuevo templo fue realizado por el arquitecto Pedro de Arrieta en 1720 en pleno auge del Barroco y se caracteriza por la espaciosidad de sus naves y la solución tradicionalista del crucero y su cúpula, además de las fachadas profusamente decoradas.

Otros ejemplos de templos como la Compañía de Guanajuato, inconcluso en el momento de expulsión de la Orden, muestra una notable fachada de piedra trabada con un criterio de superposición de elementos que le dan un sentido de ligereza pese a la fuerza portante del material. Es de sumo interés el templo y colegio de

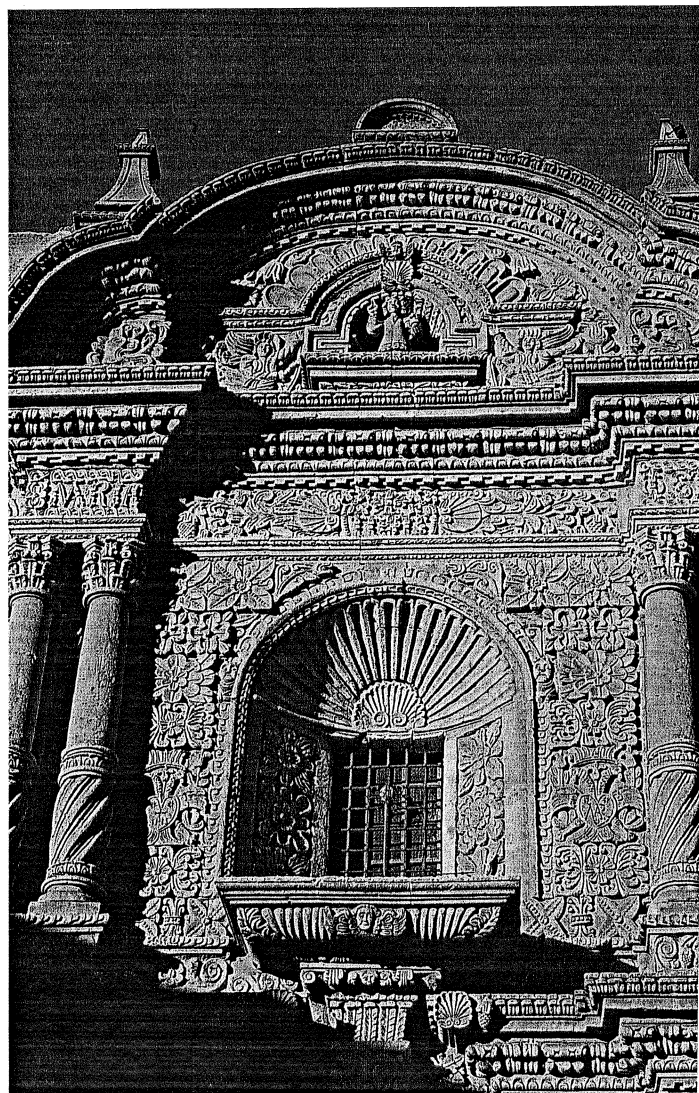
la Compañía en Puebla, donde utilizan, en contraste, la piedra gris y la cerámica. La singular cúpula del templo está recubierta de azulejos de loza poblana del siglo XVIII.

Otro tema es el de las iglesias de las misiones. Ubicadas por lo general como punto culminante de las principales vías de acceso a la plaza, son el elemento descollante dentro del pueblo. Aunque a veces, al estar ligada a otras construcciones como el colegio o el muro del cementerio, se llega a transformar también en una especie de eje visual de un gran conjunto. Por uno y otro motivo, es allí donde se concentra el trabajo más detallado de los materiales y la mayor parte de la ornamentación, contribuyendo con su presencia a formar el telón de fondo para todas las celebraciones.

Lo interesante de estas fachadas, así como de otros detalles interiores, es la interpretación que el indígena hacía de los modelos que le eran suministrados por los jesuitas, llegando a invertir columnas, torcer cornisas o dejar capiteles casi en el aire. Allí se nota la facilidad para trabajar los materiales, la creatividad para reinterpretar los grabados de origen y la libertad otorgada por los padres para realizar este trabajo en forma «heterodoxa». Los elementos de su propio entorno, de la flora y la fauna locales, sin ningún problema se integrarán dentro de diseños europeos propuestos para adornar el frente de cualquiera de estas iglesias.

Al interior debemos estudiarlo más allá de la arquitectura misma para considerar además el sentido de los espacios cerrados que tenían los indígenas. Su vida, que transcurría en contacto continuo con la naturaleza y el conocimiento reducido del cobijo de la vivienda, necesitó de toda una adaptación mental para hacer suyo ese ámbito cubierto y grandioso. Uno de los caminos para esta aceptación fue el haber construido el templo con sus propias manos. La otra vía fue la de quienes, aun sin haber participado de la edificación en sí, habían contribuido en algunos aspectos de su ornamentación posterior y en su mantenimiento y cuidado diario.

En esos interiores tal vez encontraríamos subdivisiones que simulan tres naves, lo que se consigue a través de la colocación de líneas de columnas que dan esa sensación. En algunas ocasiones los muros de piedra circundantes son sólo de cerramiento, mientras la estructura de sostén sigue siendo un trabajo en madera. Más adelante, con la fabricación de cal llegaría a usarse la piedra con arcos y bóvedas, como en Trinidad, o como en Jesús, que quedaría inconclusa (ambas en Paraguay). En Moxos y Chiquitos siguen haciéndose réplicas hasta hoy de las columnas salomónicas de madera que requieren su reemplazo, manteniendo el diseño original así como la sabiduría artesanal.



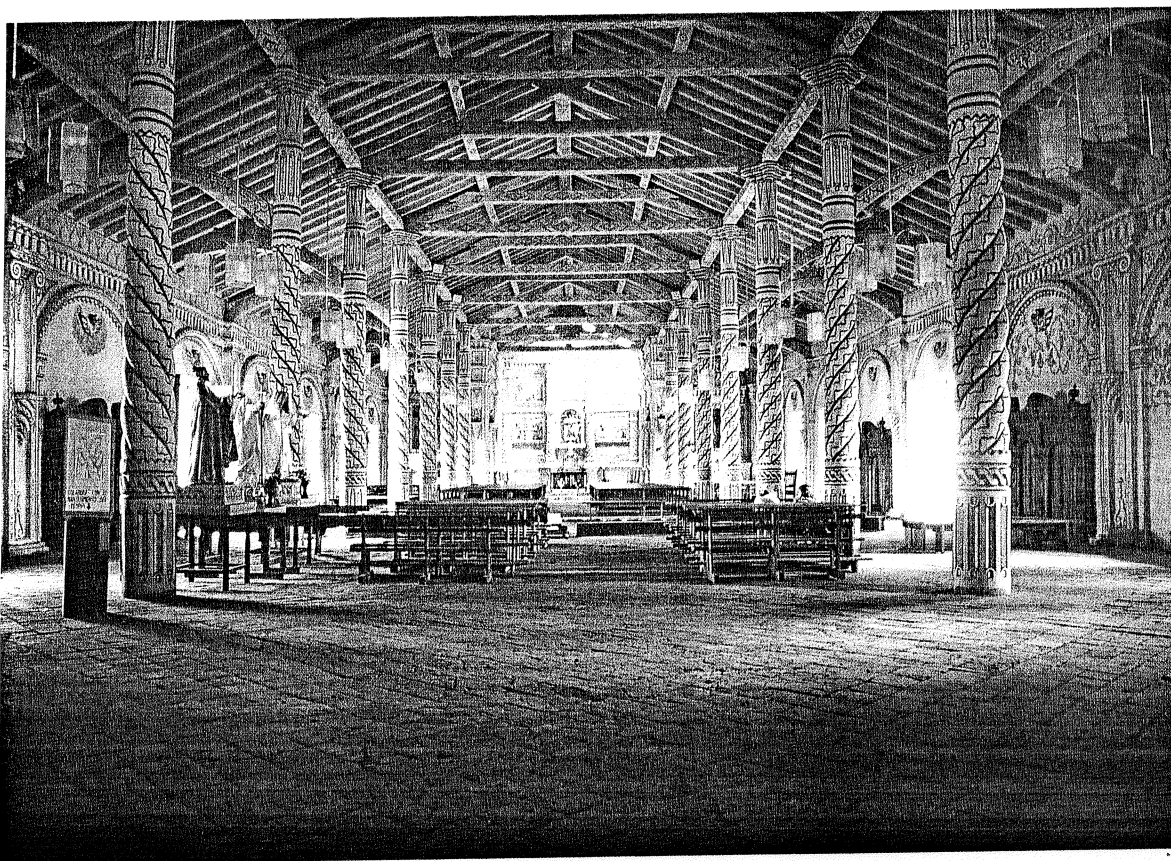
Hubo casos en que la piedra llegó a usarse en retablos, púlpitos e imágenes y hasta a estar policromados. De todos modos, las iglesias de las misiones se adornaban con lo que salía de los propios talleres de esos pueblos, que por lo general en América del Sur se han destacado más por su imaginaria que por su pintura. Hay sin embargo pinturas murales que en el oriente boliviano se conservan a través de los años, habiendo quedado en Santa Rosa (Paraguay) ejemplos de ello en una capilla menor.

#### *Los colegios y universidades*

El arribo de los jesuitas a América en el último tercio del siglo XVI fue saludado por la administración de la Corona por lo que significaba su presencia para elevar el nivel cultural y educativo tanto de los peninsulares allí radicados como de los criollos y de los demás estratos sociales de la ciudad colonial.

242. Detalle de la ricoración del coronamiento de la fachada de la iglesia la Compañía de Arequipa, Perú.





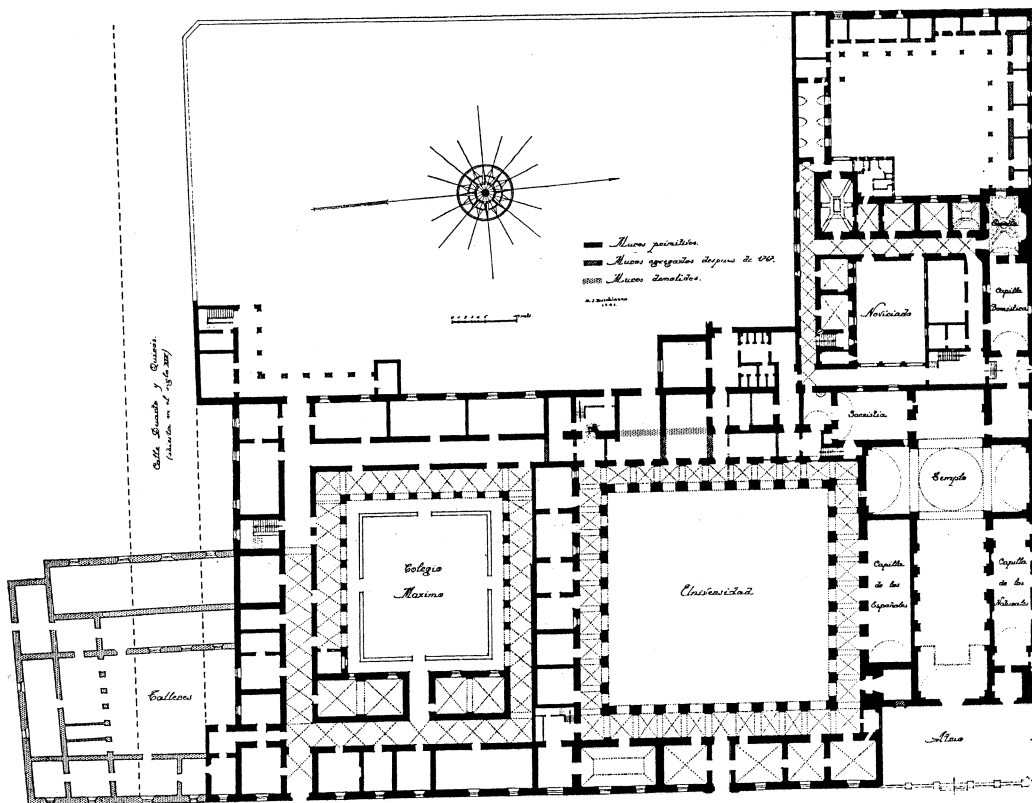
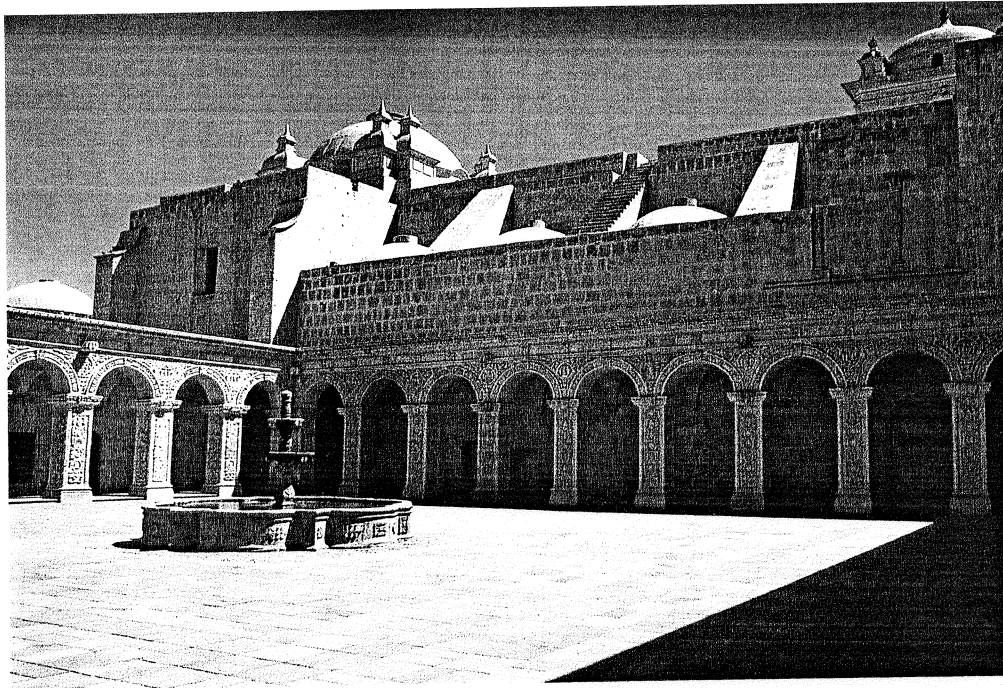
13. El interior de la iglesia de la misión de Francisco Javier de Chiquitos, Bolivia.

Si bien la trayectoria de los franciscanos y dominicos en la evangelización de los indígenas había dado notorios frutos, no menos cierto es que la formación de la población urbanizada dejaba todavía un saldo pendiente que llevaría a la convocatoria de la Compañía de Jesús. Según recordaba el cronista Francisco de Florencia (1694), el superior de la Orden en 1572, que había sido rector en Alcalá de Henares y había enseñado en Salamanca, creó rápidamente el Colegio de San Pedro y San Pablo en la ciudad de México buscando formar sacerdotes que permitieran instalar otras escuelas que convergerían en el gran centro educativo de San Ildefonso. Los colegios jesuitas se expandieron hacia Morelia, Zacatecas y Pátzcuaro y posteriormente a Puebla y Oaxaca en virtud de la cantidad de novicios que reclutaron en esos primeros años de actuación.

Debemos señalar que estos aportes se vinculan por una parte a la buena voluntad de las autoridades virreinales pero, sobre todo, a la generosa disposición de criollos

los y peninsulares por dotar de los recursos que hicieran posibles estas fundaciones, algunas de las cuales, tal el caso de Arequipa en el Perú, fueron demoradas muchos años por engorros burocráticos. Estas donaciones fueron en muchos casos en solares urbanos para posibilitar la instalación inicial de la residencia, pero en otros fue una dotación de tierras y haciendas que permitió, con un trabajo disciplinado, allegar los recursos para la consolidación y expansión de estos colegios.

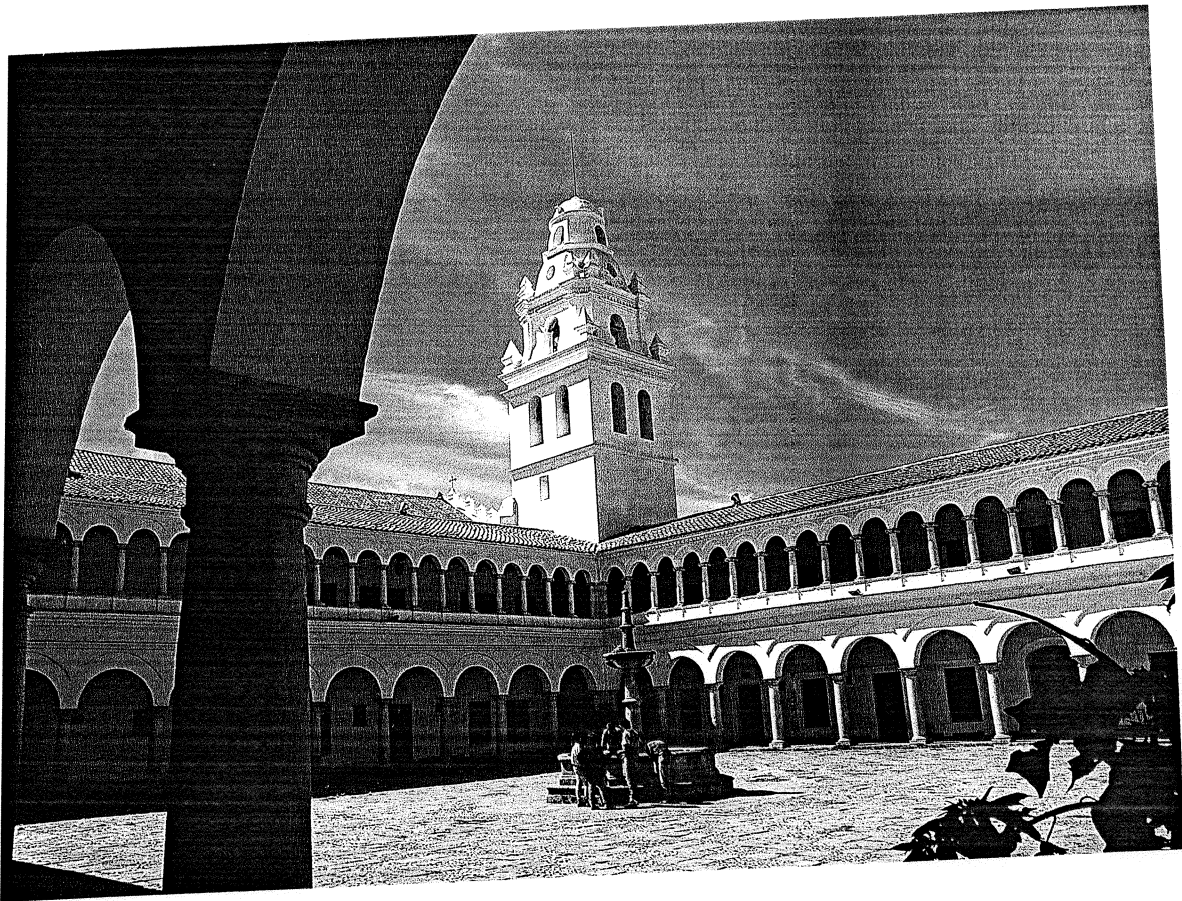
En el esquema de la «formación de los selectos» los jesuitas atendieron no solamente a la capacitación de los españoles que ostentaban el poder de la Corona, sino también a la formación del clero y los profesionales criollos, contribuyendo de esta manera a permear el gran cambio integratorio que definiría en el siglo XVII la formación de una cultura americana de rasgos propios. Este matiz civilizatorio se potenció dentro de la propia Iglesia Católica en su conjunto cuando ratificó su presencia a través de modalidades no exploradas, co-



244. Claustro del c de la Compañía en Arequipa, Perú.

245. Planta-plano colegio jesuítico en Córdoba, Argentina





246. El claustro de San Miguel de Sucre, Bolivia, hoy universidad.

mo la formación de grandes bibliotecas, la instalación de imprentas y el estudio de las lenguas indígenas con la edición de vocabularios y catecismos correspondientes.

El éxito alcanzado por estos colegios fue notable. El más famoso, el de San Ildefonso en México, cuyo edificio se terminó a mediados del XVIII, era comparado con ventaja con los de España, Italia o Francia. Los jesuitas tuvieron un papel relevante en el desarrollo de la ciencia en la Nueva España y en el Perú, pero a la vez innovaron en las reflexiones filosóficas y teológicas, lo que motivaría no pocos roces con otras visiones más tradicionales. Pero junto a ello los jesuitas también atendían la gestión espiritual de las cuatro cárceles de la ciudad y habían formado en Tepotzotlán un magnífico noviciado cuyo templo es una de las obras barrocas de mayor calidad que existen actualmente en nuestro continente.

Pero no faltaba en los colegios jesuíticos la preocupación por participar en el adelanto de las ciencias y la investigación. No fueron pocos sus observatorios astronómicos e inclusive en un pequeño pueblo como San Cosme y San Damián en las misiones del Paraguay, el jesuita Buenaventura Suárez y sus indios armaron los aparatos de medición que les permitieron describir como sería el «Lunario de un siglo» observado desde aquel remoto paraje. Así tenemos no pocos jesuitas matemáticos

o aquéllos que dominaban los principios de la fortificación como Juan Ramón Conink, autor de las murallas de Lima en el siglo XVII, quien rebatía con solvencia, y apelando a su bien dotada biblioteca de tratadistas, las objeciones formales de los ingenieros europeos.

La tarea de esta investigación en el campo de las ciencias naturales, en la clasificación de la flora y la fauna, en los relevamientos geográficos y la cartografía y en otros planos del saber, configuró la oportunidad excepcional del conocimiento de América y el fortalecimiento de una conciencia que se consolidaba sobre esa realidad. Una realidad que los europeos ilustrados del siglo XVIII se empeñaron en ver como «bárbara» y peligrosa. Así los manuscritos del jesuita español Sánchez Labrador sobre «El Paraguay Católico» siguen siendo hoy una referencia tan precisa como los estudios de Félix de Azara sobre dichos temas.

Los colegios urbanos de los jesuitas constituían a la vez una red globalizadora que le permitía a la Orden el intercambio de experiencias en los diversos continentes y comunicar a sus religiosos desde uno a otro punto del confín. De aquí que su tarea literaria, filosófica y científica, su preocupación por una descripción y comprensión de la realidad se canalizara en una enorme producción bibliográfica. No podría pues extrañarnos que fue-

ra al jesuita Diosdado Caballero a quien le tocara en suerte contestar rotundamente las afirmaciones falseadas del inglés Robertson puntualizando la superioridad, a fines del XVIII, de la colonización hispánica frente a las acciones de Inglaterra en el norte del continente.

La enseñanza de los jesuitas reposaba en las experiencias universitarias pero sobre todo en el pensamiento de San Ignacio de Loyola, como un testimonio personal de la modalidad de asumir el legado cristiano. Un legado que era concebido en la potenciación de las capacidades personales de los propios religiosos, en la lealtad y la solidaridad con el Papa y, a la vez, con el ejercicio de las libertades y la dimensión comunitaria de la fe que posibilitarían los caminos de llegada al Plan de Dios. Un plan que en definitiva se aseguraba mediante esa red de conocimientos que, basada en la educación de la inteligencia, se movía impulsada por una férrea voluntad y un profundo sentido de pertenencia a la Orden.

Sin embargo, no en pocas oportunidades, esta elección por la formación de los «selectos» significó ataques a la Compañía como si de ella se dedujera exclusivamente una opción por los ricos y los sectores más poderosos de la sociedad. Lo propio sucedería con la acumulación de riquezas que unas finanzas ordenadas fueron gestando y que se reinvertían en templos cada vez más magníficos y en colegios cada vez más destacados. Los jesuitas apuntaron también a la formación de los hijos de los caciques indígenas (colegios de San Gregorio en México o de San Francisco de Borja en el Cusco) porque conocían que de ellos dependería en buena parte la transmisión del mensaje cristiano a quienes respetaban su condición ejecutiva. Los conflictos con los obispos por temas de jurisdicción, subordinación, pagos de diezmos o interpretaciones teológicas fueron frecuentes y algunos de ellos, como los sostenidos con el obispo Bernardino de Cárdenas en el Paraguay y Juan de Palafox y Mendoza en Puebla de los Ángeles (México), adquirieron resonancia internacional y abundante literatura en su época que aprovecharían los enemigos de la Compañía en vísperas de la expulsión de la Orden en 1767.

En ese momento, según el jesuita Clavijero, en la región norte del continente, México, Guatemala y Cuba, tenían formados cuarenta colegios y casas, así como ciento catorce misiones, atendidas por 678 religiosos de los cuales quinientos eran criollos.

### *Las haciendas*

Para sostener las obras de las ciudades, especialmente la atención de colegios y universidades, la Compañía de Jesús buscó la rentabilidad de establecimientos rura-

les diversos. Así, explotó haciendas, estancias y batanes, en los que la actividad agrícola y ganadera se combinaba con pequeñas industrias, como la del azúcar y los tejidos. Más adelante se sumarían otras producciones más avanzadas, como la de la fabricación de cal a partir de canteras apropiadas. Los productos así obtenidos eran aprovechados por las casas de la Orden, pero también podían generar excedentes importantes.

Con el tiempo, esas mismas casas servirían como lugar de descanso para los colegiales o para los religiosos, como la finca de Jesús del Monte, cercana a la ciudad de México. En algunos lugares, las haciendas tenían un tamaño y una variedad grande de actividades, por lo que con una de ellas casi se cubrían todas las necesidades de un colegio. Pero en más de un caso, la idea era la de un conjunto de estancias con diferentes funciones complementarias, que llegaban a organizar una red territorial. Es el caso de las estancias de la provincia de Córdoba en la Argentina o el de las que mantenían al colegio del Dulce Nombre de Jesús, de Castro, en el sur chileno, establecimientos en los que trabajaban indígenas y personal español.

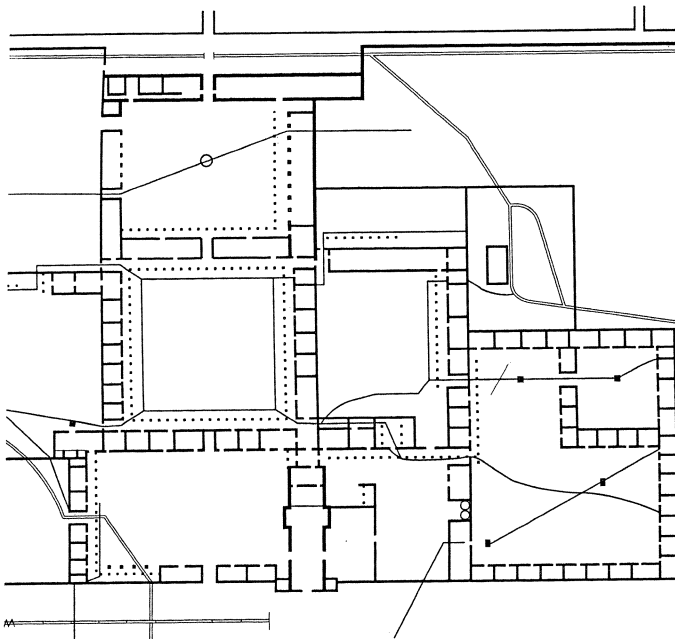
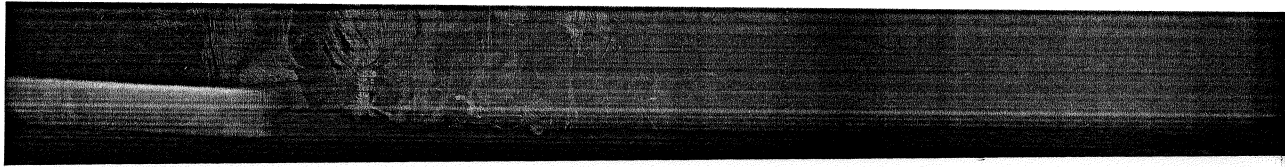
La actividad ganadera, que permitía también la utilización de derivados, abría la posibilidad de la manufactura textil de la lana, por lo que en muchos lugares se instalarían hilanderías y telares. En algunos sitios, los tejidos no serían ya de lana, sino que provendrían de la explotación algodonera, que sería propicia tanto en la zona californiana cuanto en Chiquitos o la región guaraníca.

Esto haría que con el tiempo cada estancia llegara a ser un extenso complejo agroindustrial con personal que trabajaba las tierras o vigilaba el ganado, mientras un importante grupo humano se mantuviera en el caso de la hacienda llevando adelante estas tareas fabriles. Evidentemente, esto debía tener instalaciones adecuadas, que llevarían a la construcción de importantes edificios, en los que se sucederían talleres, cocinas, habitaciones que por lo general se organizarían en torno a patios con diferentes usos y jerarquías.

Pero para el buen funcionamiento de tales actividades no sólo era necesario cobijar a todas esas oficinas. Por lo pronto, fue preciso proveer del agua necesaria para la subsistencia y para el movimiento de esas industrias, lo que llevaría a obras de canalización, unidas a tajamares, embalses y molinos. En el caso de la estancia de Alta Gracia (Córdoba, Argentina), aún se encuentra el tajamar que se ha convertido en un hito dentro de la ciudad que hoy se ha desarrollado en su entorno. Otro tema fue el de los caminos, puentes y vados que permitieran el traslado de la producción, aunque en ciertas geografías la vía de comunicación era justamente el agua.

247. Una foto histórica de la iglesia de la hacienda jesuítica de Santa Catalina, Córdoba, Argentina.

248. Planta del complejo jesuítico de Calera de Tango, Chile, rediseñada sobre la base de la planta de 1767 conservada en el Archivo Nacional de Santiago de Chile.



Dentro de los conjuntos edilicios, sobresalió la capilla. Si bien en muchas haciendas de la época era usual encontrar un oratorio, en las que eran regidas por la Compañía de Jesús éste se transformaba en un edificio mayor, llegando a tener notable importancia no sólo por su tamaño sino también por su diseño y por su equipamiento interior con retablos, pinturas e imaginería. En ocasiones podían sobrepasar en su riqueza y ornamentación a iglesias de algunas ciudades no muy lejanas. Como sucede con Santa Catalina (Córdoba, Argentina), una iglesia barroca rodeada de casas y talleres que hasta hoy sobresale en el paisaje circundante y asombra desde lejos a cualquier viajero.

En Calera de Tango el conjunto llegó a abarcar once patios, ya que a partir de mediados del XVIII se había consolidado como el principal centro artesanal de Chile y uno de los más destacados en el rubro agrícola. Aunque no debemos dejar de lado que eran de importancia sus actividades ganadera y minera. Justamente, su nombre se debe a una cantera de piedra caliza ya explotada por los mercedarios, que la Compañía amplió. En tal sentido, es notable ver que en varios países los jesuitas se involucran en la producción de cal, que utilizan para sus propias obras y como objeto de intercambio. Hoy algunas de esas viejas explotaciones conservan aún la nomenclatura de «calera», como la «de las Huérfanas» en Uruguay.

Si en uno de los patios podían encontrarse las habitaciones de los religiosos, refectorio y hasta un cuarto de truco (especie de billar muy en uso en el XVIII), en cada uno de los otros se desarrollaban las diferentes actividades de producción, por lo que dimensiones y comodidades estaban amoldadas a las exigencias de tales actividades. Fuelles, molinos, telares, yunques, alambiques, hornos se ubicaban en las distintas salas conformando talleres que de continuo se renovaban para mantener un buen nivel técnico. Quienes trabajaban en la hacienda vivían en lo que dio en llamarse las «rancherías», edificios que podían formar otros patios menores o que se desarrollaban algo separados del conjunto industrial, pero siempre en sus cercanías.

Las haciendas de la Compañía participaban de los lineamientos comunes de los establecimientos rurales de cada región, por lo que en sus aspectos generales podían parecerse a las que explotaban otras congregaciones y en general a las de los particulares. Así en una zona sobresalían las dedicadas al trigo y al maíz, en otra a la ganadería, en otro sitio a la caña de azúcar, o a la sal. Pero lo que las hacía diferentes era la organización de la producción y el manejo del conjunto. Por un lado, como la obtención de las tierras muchas veces se debía a donaciones o testamentarias, las haciendas situadas en

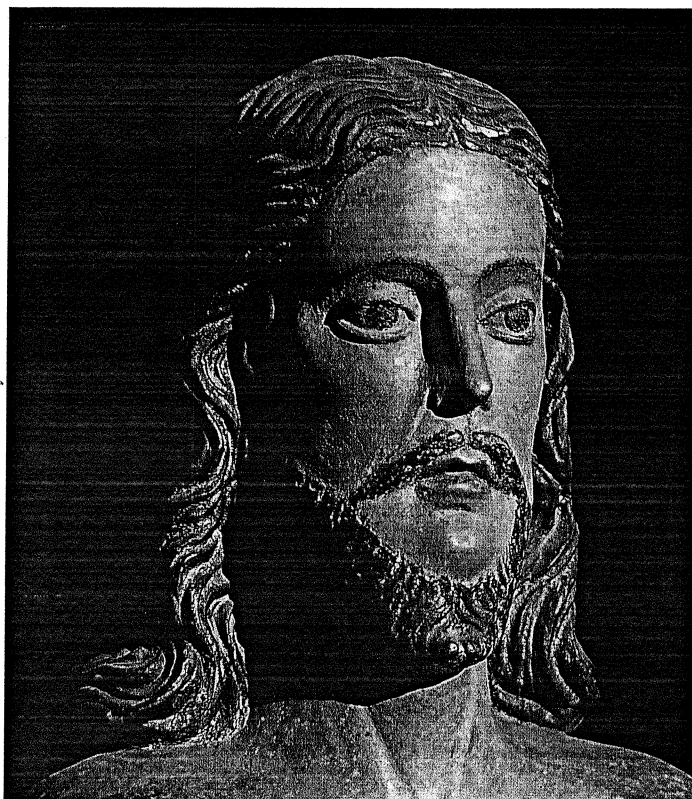
una zona podían pertenecer a colegios de otra, con lo cual no siempre la atención y el rédito se correspondía con las necesidades de las casas religiosas cercanas. Por otro, los jesuitas centralizaban la comercialización en una ciudad y de allí partían los cargamentos a través de un amplio territorio.

Así las haciendas de la Compañía intercambiaban sus productos para abaratar los costos, desarrollaban líneas de producción complementarias y tendían a abastecer a los colegios y residencias con los elementos básicos de sus necesidades tanto de alimentación como de ropa y equipamientos. Esta economía que buscaba la autosuficiencia del sistema no impedía que la venta de productos, desde las procuradurías, permitiese a los jesuitas tener un excedente que era destinado a pagar el tributo de los indígenas que estaban en sus misiones y que de esta manera quedaban liberados de los sistemas de mita o encomienda que diezaban permanentemente a los pueblos indígenas conducidos por las otras órdenes religiosas.

En el caso de México, las autoridades civiles –y aun las religiosas– quisieron ver las ganancias de las haciendas como un asunto de enriquecimiento personal, sin tener en cuenta la manera como la Orden había llegado a la Nueva España y había desechado los honores que entonces se le ofrecieron. Buscando en cambio una independencia económica que le permitiera una independencia de criterios evangelizadores, decidieron ya en el siglo XVI hacerse con tierras hasta entonces poco productivas mejorándolas y volviéndolas rentables.

Pero como bien dice Pablo Macera, no fue objetivo de la Compañía de Jesús la acumulación improductiva de dinero ni de joyas, sino que su actitud era totalmente moderna, apartándose de lo que hacía la mayoría de sus contemporáneos. Invertían enormes sumas en construir iglesias, en amueblar sus casas, en enriquecer sus bibliotecas y en poner al día sus empresas, pero no era para ellos un problema estrictamente económico, sino que había allí motivos religiosos y espirituales cuya satisfacción procuraron. Los réditos se utilizaban para crecer y proyectarse multiplicando sus frentes de acción.

Justamente, esto no fue entendido por quienes se hicieron cargo de las haciendas después de 1767. Los nuevos gestores no entendieron este tipo de integración económica y redujeron a cada hacienda a una unidad individual, con lo que pronto cayeron en decadencia. Pero también desaparecía con ellas todo un mundo: desde los sistemas de recuas que trasladaban la producción, las pasturas a lo largo de los caminos, hasta tantos otros elementos que hacían funcionar correctamente el intercambio atendiendo inclusive a las oscilaciones de todo mercado.



### *Imaginería y escultura*

La visión del arte que tienen los jesuitas es sustancialmente distinta de la que podemos encontrar hoy en la autonomía del artista como expresión de su propia singularidad de comunicación. Los jesuitas concibieron el arte como un medio de transmisión de sus mensajes y una herramienta funcional para la evangelización; de aquí que predomine el carácter social y colectivo antes que el prestigio individual del artista. Los artistas formaban parte de este pensamiento, no apuntaban a construir su propio pedestal, sino a servir a sus comunidades a través de sus destrezas y capacidades creativas. Es decir, formaban parte de esta búsqueda evangelizadora y se integraban en un programa de acción, ya fueran miembros de la propia Orden, formados en sus talleres o integrados por una relación contractual.

A diferencia de las primeras órdenes que evangelizaron en el siglo XVI, que buscaron modos de comunicación simples que tendieran a consolidar el mensaje cris-

249. Escultura en madera pintada de Cristo Resucitado, proveniente de las misiones jesuíticas de Paraguay.

250. El suntuoso retablo de la iglesia de la Compañía de Quito, Ecuador.



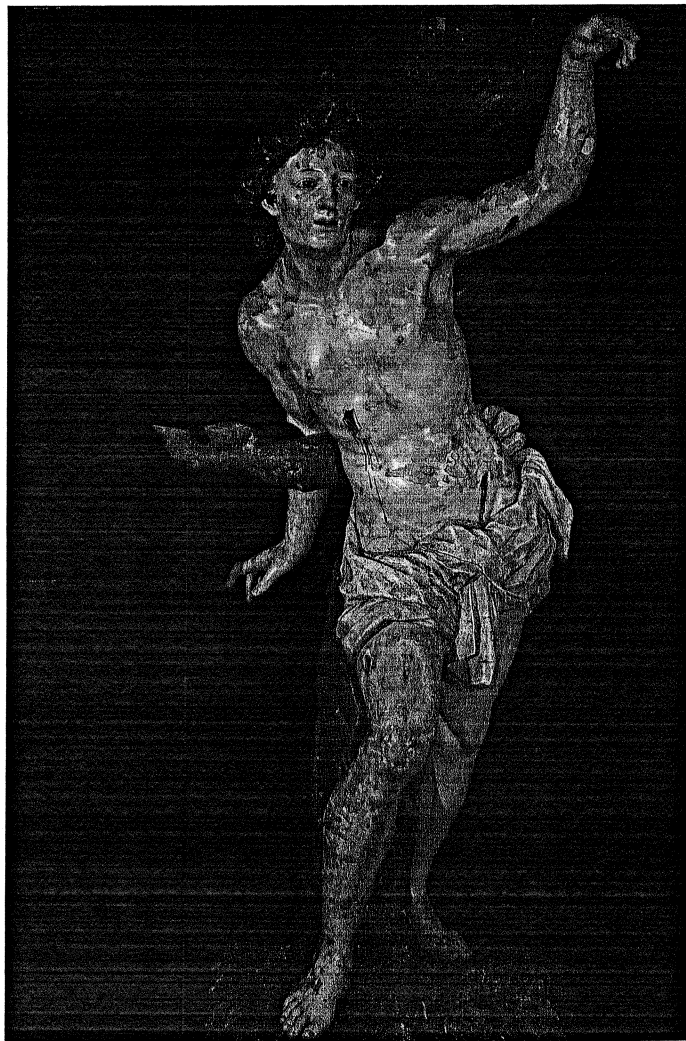
tiano, los jesuitas introdujeron, siguiendo las pautas de ritual icónico de los nativos, la devoción por las imágenes y el imaginario. Las «Reglas para sentir con la Iglesia» de San Ignacio de Loyola que impulsaban la veneración de las reliquias y la participación en las actividades rituales del culto fueron tenidas siempre en cuenta.

En este sentido, fue profusa la utilización del retablo, una tendencia que ya se manifestaba con fuerza en España. Configurado como «máquina de persuadir» a través de complejos programas iconográficos, a veces marca las jerarquías del santoral en su proximidad o en la relación de ubicación respecto del sagrario o del santo patrono que domina el conjunto. Los altares de reliquias fueron uno de los temas interesantes en algunas de las iglesias de la Compañía de Jesús y la devoción a las mismas se verifica como un continuo en el tiempo.

Estas medidas de recuperación de las antiguas tradiciones de la Iglesia en un «Nuevo Mundo» plantearon desde un comienzo una situación dual. Por un lado los jesuitas impulsaban los programas iconográficos definidos en el Concilio de Trento, pero por otro mantenían las devociones tradicionales de carácter popular o a la vez ingresaban en terrenos de lo que por ejemplo era considerado heterodoxo en Europa y frecuente en América, como la Trinidad tricéfala. En todo caso siempre es necesario recordar que estas manifestaciones artísticas formaban parte de la empresa pedagógica de los jesuitas y que su «funcionalidad» radicaba en el carácter de instrumento para la difusión del pensamiento cristiano, más allá de su carácter reverencial y de ofrenda.

Fue frecuente que los jesuitas trajeran obras de arte de diversos lugares de Europa. Hay constancia de varios embarques de imágenes procedentes de Nápoles, de la misma manera que los relicarios, que, como hemos señalado, tenían preferencia en el culto. También los centros de producción tradicional americana como Lima y el Cusco abastecieron a otras regiones. Sobre todo en las imágenes de «candelero» o «de vestir» era frecuente que las cabezas y los brazos de los santos fueran encomendados a talleres calificados de estos centros de irradiación.

Es importante señalar que la difusión de patrones artísticos que realizan los jesuitas es muy variada. Por ejemplo en el caso de Chile se concentró un notable grupo de religiosos alemanes. El más importante de ellos fue el escultor Juan Bitterich, quien hizo una convocatoria a sus superiores para que enviaran artistas. En 1724 llegaron quince arquitectos, tallistas, peltreiros, fundidores, alfareros, plateros, carpinteros, torneros, ebanistas, herreros y tejedores que montaron en la hacienda de la Calera de Tango un notable centro de producción artística. Entre los coadjutores descollaban



Juan Haberkorn, H. Herre y Guillermo Millet. En 1747 fueron a Calera de Tango otros veintitrés hermanos coadjutores que trajeron 386 cajones de materiales y herramientas creando entonces el complejo de producción artística de los jesuitas de mayor importancia en el continente. Una decena más arribaría en 1754, entre ellos el famoso pintor José Ambrosi, y en los talleres de la hacienda trabajarían más de un centenar de esclavos.

De los escultores sobresalía sin duda Bitterich, a quien se atribuye el San Sebastián que hoy se encuentra en la parroquia de Los Andes, pero su tarea fue continuada por los tallistas Engelhart y Jacobo Kelner, autor de la estatua yacente de San Francisco Javier que se encuentra en la Catedral de Santiago.

#### Pintura

En la sociedad colonial la pintura alcanzó niveles de suma importancia en el proceso de evangelización como un elemento de referencia básica para la transmi-

253. *San Sebastián los Andes, escultura atribuida al jesuita Bitterich, iglesia parroquial de Santa Rosa de los Andes, Chile.*



*ultura en  
da de San  
niente de  
siones del  
Paraguay.*

sión y uniformación de las ideas religiosas. Ello fue así porque el papel que desempeñaron en una primera fase las estampas y los grabados europeos fueron dando luego espacio a la creatividad de los sectores criollos e indígenas que reinterpretaron los temas religiosos.

Justamente, son éstos los temas que predominan en la pintura virreinal, no solamente por el mecenazgo de la Iglesia y su permanente demanda sino también por el valor iconográfico y su carácter de transmisor masivo de comunicación del mensaje evangélico en sus diversas facetas. Aquí se ha planteado con certeza si el método de análisis de esta pintura debe radicar en sus valores estéticos o más bien tratar de comprenderlos desde esta perspectiva funcional como programa persuasivo del Barroco.

La Iglesia contrarreformista que los jesuitas encarnan emblemáticamente reivindicó los valores intrínsecos de las imágenes como elementos de veneración frente a la actitud iconoclasta del protestantismo. De aquí que el desarrollo de los cultos populares de las diversas advo-

caciones alcanzara relieve en la búsqueda de la sensibilización que se planteaban los jesuitas en las manifestaciones externas del culto. Ello implicaría también el desarrollo de ciertos programas iconográficos donde predominaba el sentido de lo fantástico y el deslumbramiento de las maravillas. Así encontraremos en la pintura escenas cotidianas representadas en paisajes idílicos o sin relación alguna con el contexto habitual del mundo americano.

Con mayor precisión pueden rastrearse las fuentes de las pinturas alegóricas que subrayaban la verdad intrínseca de la doctrina cristiana. El carácter pedagógico se acentuaba en las series que expresaban las oraciones desde el Credo hasta el Padre Nuestro y además los Sacramentos, el Juicio Final y las postrimerías, así como el Triunfo de la Iglesia. En este sentido llama poderosamente la atención un lienzo que recoge la participación de los jesuitas en la batalla de Lepanto, donde fletan un navío de guerra que va disparando sus cañones contra las baterías de los moros, mientras un religioso flotando sobre el mar dirige la eficacia de los disparos. Este lienzo que se conserva en el Museo Histórico Nacional de Colombia nos adentra en la fase mítica de la propia historia de la Orden, pero al mismo tiempo señala su compromiso militante que da origen a la aguerrida Compañía de Jesús.

Si bien la producción de estos pintores de las órdenes se destinaba al consumo de la propia tarea religiosa, es menester acotar que la presencia de los pintores que integraban la orden de los jesuitas fue fundante, en algunos casos, de escuelas de pintura regional. Tal el caso del hermano Bernardo Bitti, que desde el Cusco y en Bolivia desarrollaría talleres donde sus espigadas figuras manieristas impusieron el tipo de pintura «romana» que fue tan valorada a fines del siglo XVI.

La conmoción generada por el Barroco no se comprendió de ciertas regresiones medievales y hasta de un surtido de fuentes variadas que incluían a los evangelios apócrifos y dudosas figuras del santoral. Sin embargo el embate de las órdenes religiosas llevaría a que las vidas de los santos tutelares de la Orden constituyeran motivos preferentes para engalanar los claustros conventuales y los templos. En muchos casos ellos aparecían vinculados a hechos milagrosos o sobrenaturales que no tienen precedentes claros en la pintura europea.

Los jesuitas también inauguraron la costumbre de realizar los retratos de los superiores de la Compañía. Si bien es cierto que con anterioridad franciscanos y mercedarios habían formado grandes lienzos con los «árboles genealógicos» de sus religiones, el retrato individual de quienes estaban fuera del santoral parecía más bien reservado a las dignidades de la Iglesia, fundamen-

mente arzobispos y canónigos. Sin embargo tenemos constancia de la existencia de una serie de los superiores de los jesuitas que se encontraba en el templo de la Compañía en el Cusco. Actualmente, algunos de estos lienzos se encuentran en la iglesia de Maranganí. Tampoco descuidaron la fase apologética de las acciones de la Orden, como el lienzo del *Triunfo de los jesuitas* que se encuentra en la sacristía del templo de la Compañía en Puebla de los Ángeles.

Los retratos individuales de religiosos fueron luego utilizados profusamente por los oratorianos de San Felipe Neri y también por muchas órdenes femeninas. Los jesuitas rara vez hacen representar en pintura retratos de sus propios religiosos y hermanos coadjutores. Algunas figuras simbólicas pueden encontrarse, como *Los santos mártires del Japón*. Quizás el caso más interesante es el del jesuita Pedro Ortiz de Zárate, martirizado por los indígenas del norte argentino en 1615 y cuyo retrato del siglo XVII se conserva en el Museo de Santa Clara de Bogotá (Colombia).

Los jesuitas, en su tarea de acercar el mensaje evangélico al mundo cultural indígena, no habrían de prescindir de los valores de referencia de aquél, fundamentalmente la defensa de los idiomas autóctonos, pero también las asociaciones y alusiones que existen entre la visión deísta de ciertas comunidades y la perspectiva cristiana. Las asociaciones con los mitos andinos, o las vinculaciones de los dioses prehispánicos con la Virgen de Guadalupe en México —culto al que los jesuitas dieron notorio impulso— son ejemplos de esta estrategia de integración cultural para unos y de sincretismo religioso para otros.

En esto, los jesuitas atendieron a los cambios de valores simbólicos que cierta iconología cristiana adquiría en su presentación americana y los valores agregados de asociación con el pensamiento indígena como forma de captación de lo esencial del mensaje. Más que preocuparse por las alegorías de la función salvadora que adquirieron los programas iconográficos de otras órdenes, los jesuitas actuaron desde una perspectiva de acción vital y cotidiana que asegurara el ensamble de las culturas.

Algunos templos jesuíticos como La Profesa de México eran verdaderos museos de pintura, ya que estaban presentes los principales artistas de la Nueva España, desde los Echave Orio hasta José Juárez, su discípulo Antonio Rodríguez y su hijo Nicolás Rodríguez Juárez, además de Cristóbal de Villalpando y más tardíamente Antonio de Torres. Probablemente los dos grandes pintores del México colonial, Cristóbal de Villalpando y Miguel de Cabrera hubieran visto limitadas sus posibilidades de actuación si no hubiese sido por el mecenazgo de la Compañía de Jesús. En el colegio de Tepotzotlán



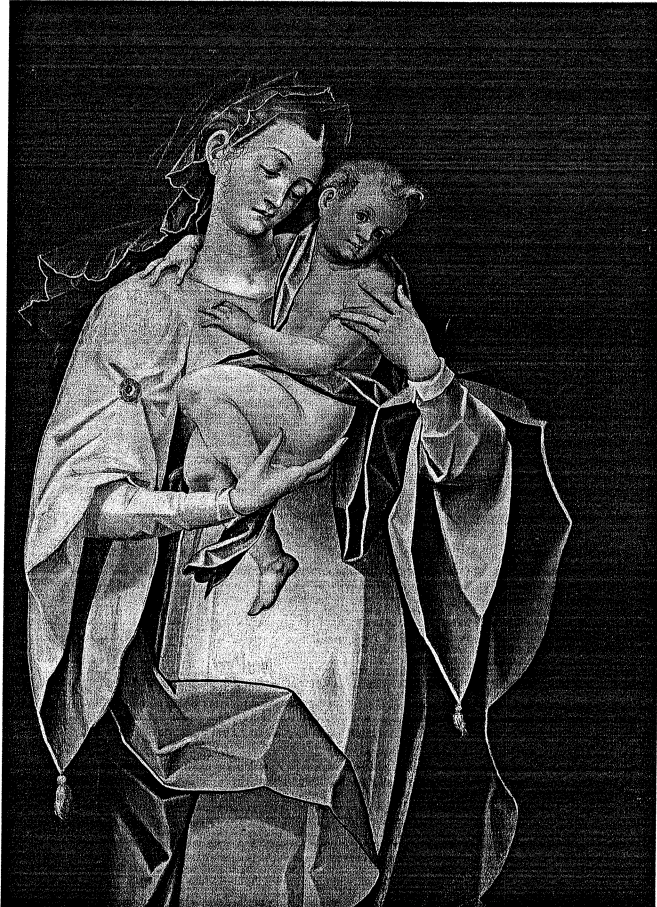
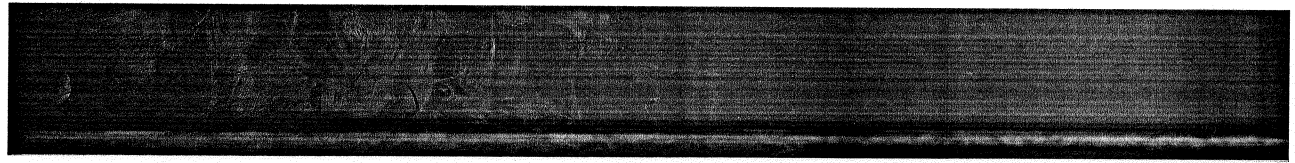
hay veintidós telas de Villalpando que representan la *Vida de San Ignacio*. El poblano Juan de Villalobos fue otro de los artistas que mereció peculiar apoyo de la Orden en su ciudad natal.

### Los talleres

Si dentro de la Compañía de Jesús siempre se dio importancia al desarrollo de las habilidades propias de cada miembro, en el caso de las primeras fundaciones en América y, sobre todo, en el de las misiones, fue indispensable fomentarlas. El aislamiento en el que se encontraban y la necesidad de cubrir todo tipo de tareas apresuraron la organización de talleres y los mismos religiosos debieron improvisarse a veces como artesanos y constructores.

La preocupación de los jesuitas por la capacitación de los artesanos indígenas se gestó desde un inicio y es evidente que ellos les transmitieron las tecnologías necesarias para las grandes edificaciones. También es cierto que no todos los jesuitas estaban capacitados en el dominio de este oficio y que al comienzo también contaron con la colaboración de maestros de cada región. Asimismo, los padres entendían que las artes podían

255. Miguel Cabrera, Virgen con el Niño, con los santos Francisco de Borja y Juan Francisco de Régis, iglesia de la Compañía de Jesús, Guanajuato.



5. Bernardo Bitti,  
gen con el Niño,  
Pedro de Osma,  
Lima.

7. Bernardo Bitti,  
gen con el Niño,  
de la Compañía,  
Arequipa, Perú.

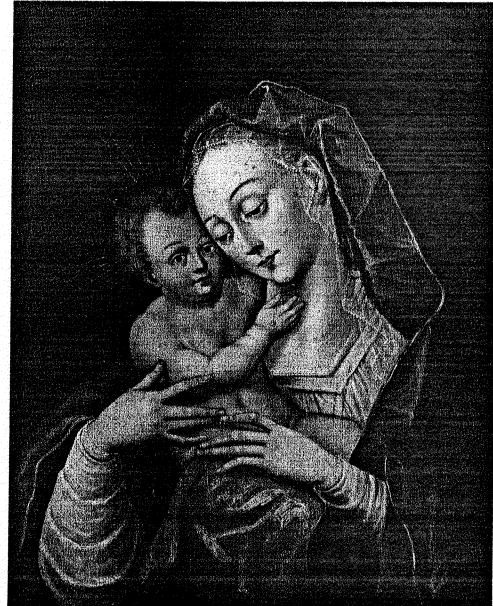
258. Detalle de la  
tra de madera del  
risto Resucitado,  
roveniente de las  
mes jesuíticas del  
Paraguay.

contribuir mucho a humanizar a los indígenas y así pronto se vieron entre ellos labradores, carpinteros, tejedores y otros artifices.

Igualmente, la atención que dieron al buen funcionamiento de sus talleres fue constante, como cuando en Moxos explican los religiosos que entre sus tareas están las de visitar las oficinas de carpintería de cuando en cuando, a fin de que se den todos al trabajo y lo hagan como se debe. Y así como las misiones tenían escuela para aprender a leer y escribir, y se enseñaba música, había también herrerías, carpinterías, oficinas de ensambladores, torneros y tejedores, así como trapiches de azúcar y tendales para elaborar la cera.

Pero más allá de las habilidades particulares, lo que a veces llama la atención de quienes visitan los talleres es que los indígenas, aun desconociendo los primeros elementos de la aritmética, manejen el compás, entiendan lo que es una proporción armónica y apliquen felizmente esos principios llegando a realizar trabajos tan buenos como los mejores de Europa. Pero también se asombran de que quien maneja bien un oficio puede a su vez saber de otros y tener una suerte de habilidades múltiples.

La búsqueda de desarrollar las propias capacidades individuales no sólo estuvo presente para los miembros



de la Orden o los estudiantes de los colegios: los jesuitas aplicaron esta idea a través de todo su quehacer. Así, tanto en las misiones cuanto en sus haciendas, la atención prestada a las vocaciones de cada persona fue fundamental. Y esto fue aplicado con más razón cuando se trataba de los jóvenes que aún tenían mucho por aprender.

Ellos entonces podían así capacitarse como aprendices en el oficio para el que resultarían más aptos. Los beneficios eran para ellos y también para la comunidad que recibiría sus servicios como artesano, músico o enfermero. Este trato directo era fundamental para desarrollar en cada uno su propia estima y afirmar su identidad. Al elegir a quienes más se destacaran dentro de cada tarea y al alentarlos personalmente se conseguía formar artesanos de muy buen nivel. A través del tiempo se crearían conjuntos de especialistas en diversas artes que serían muy solicitados también fuera de sus propios pueblos y talleres.

Por otro lado, los mismos religiosos se asombraban a su vez de las capacidades manuales de los indígenas y de la facilidad que tenían para imitar y reproducir modelos que se les presentaban, como el caso de aquella mujer a la que el padre Sepp le entregó un trozo de encaje y que unos días después apareció con otro pedazo similar hecho por ella. Lógicamente, el capacitar técnicamente a quienes tenían habilidades permitió un desarrollo de diversas industrias. Un caso paradigmático fue el de la introducción del hierro y su moldeo, utilizado en un principio principalmente en la fabricación de arados, con lo que se dio un vuelco al trabajo agrícola. Después vendría su aplicación a multitud de utilidades.

Pero a ello no era ajena toda la organización jesuítica en su diferentes aspectos culturales, económicos, educativos y misionales. Dentro de ella, los talleres surgie-



ron primero como un apoyo a la construcción de sus edificios, a su ornato y amueblamiento, pero poco después se convertirían en una fuente de recursos para ampliar la obra evangelizadora. Porque si las carpinterías, herrerías, tejerías debían funcionar a pleno en la primera época, después surgirían otros tipos de empresas.

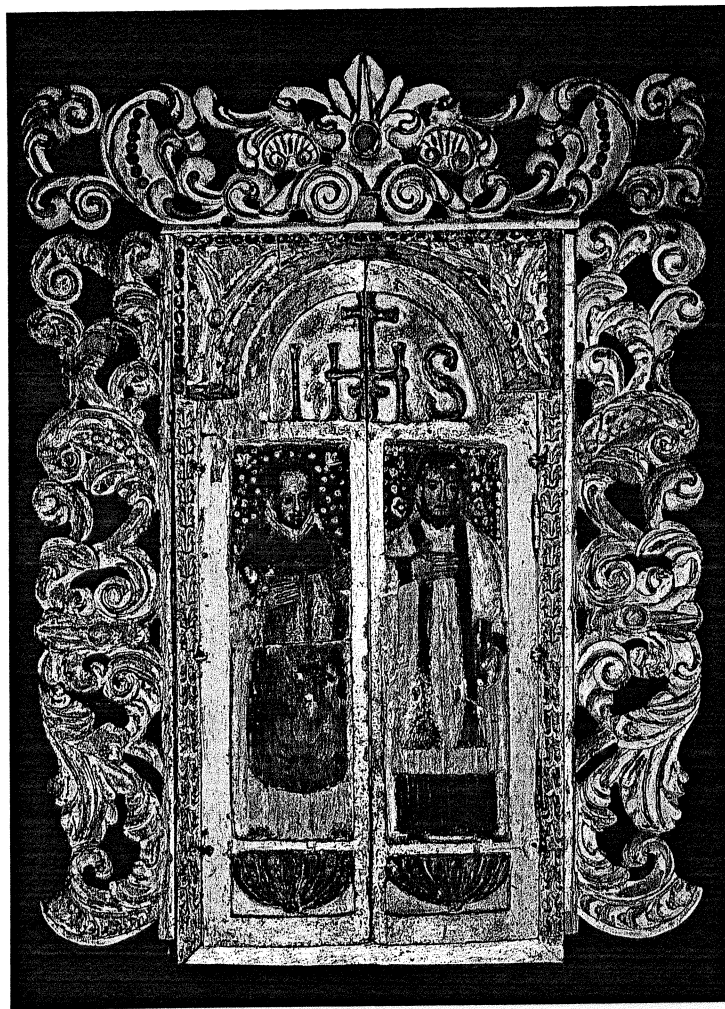
En los pueblos de misiones no se multiplicaron los talleres. Por el contrario, se buscó especializar a los pueblos de un mismo conjunto en artes diversas. Así uno se destacaba por sus imágenes, otro por sus instrumentos musicales, otro por el grabado y la imprenta, otro por sus textiles. Esto se lograba no sólo por las inclinaciones naturales de los pobladores sino también por la existencia de artesanos formados que operaban de maestros por los jóvenes y por las mismas posibilidades del sitio.

Así en Chiquitos, en el Paraguay o en California debió trabajarse el algodón por la facilidad del cultivo, pero también porque era la tela adecuada para el clima. En las zonas andinas la fibra textil natural era la lana y había toda una organización entre las hilanderías, las tejedurías y la confección de ropa, que normalmente se encontraban en diferentes pueblos. Tejidos de cáñamo o de otras fibras se desarrollaban en localidades de extracción de la materia prima.

Por otro lado, la explotación de minerales generaba talleres de molido y de fundición, como las salinas del Cusco o las cales en multitud de lugares, a veces a partir de piedras calizas, a veces a partir del horneado de conchillas. Ello llevaría a plantear en Paraguay iglesias y casas con arquerías y bóvedas. Las llamadas ollерías no sólo fabricaban ollas, sino que también producían loza de mesa que cubría las necesidades de las diferentes casas de la Orden, así como otros objetos cerámicos.

Ciertamente, alguna producción no se relacionaba directamente con la zona de extracción, pudiendo ubicarse los talleres más en relación con las capacidades de maestros y operarios, y con las demandas de las manufacturas. En este sentido podrían mencionarse las platerías, como la de Calera de Tango o las fundiciones de campanas de diversos lugares. En San Pedro de Moxos, los fundidores, dirigidos por el padre Bengolea, llegarían a fabricar una docena de cañones para defenderse de los portugueses que habían avanzado sobre sus pueblos.

En Chile hubo talleres artesanales que los indígenas montaron para la carena y construcción de sus barcos y para levantar los templos, que luego darían paso paulatinamente a la fabricación de imaginería religiosa de madera, tanto de bulto como de imágenes de candelero o «de vestir». Algo similar pasaría en otros pueblos en que la calidad de las maderas abriría lugar a una gran producción de imágenes, especialmente de bulto. Los

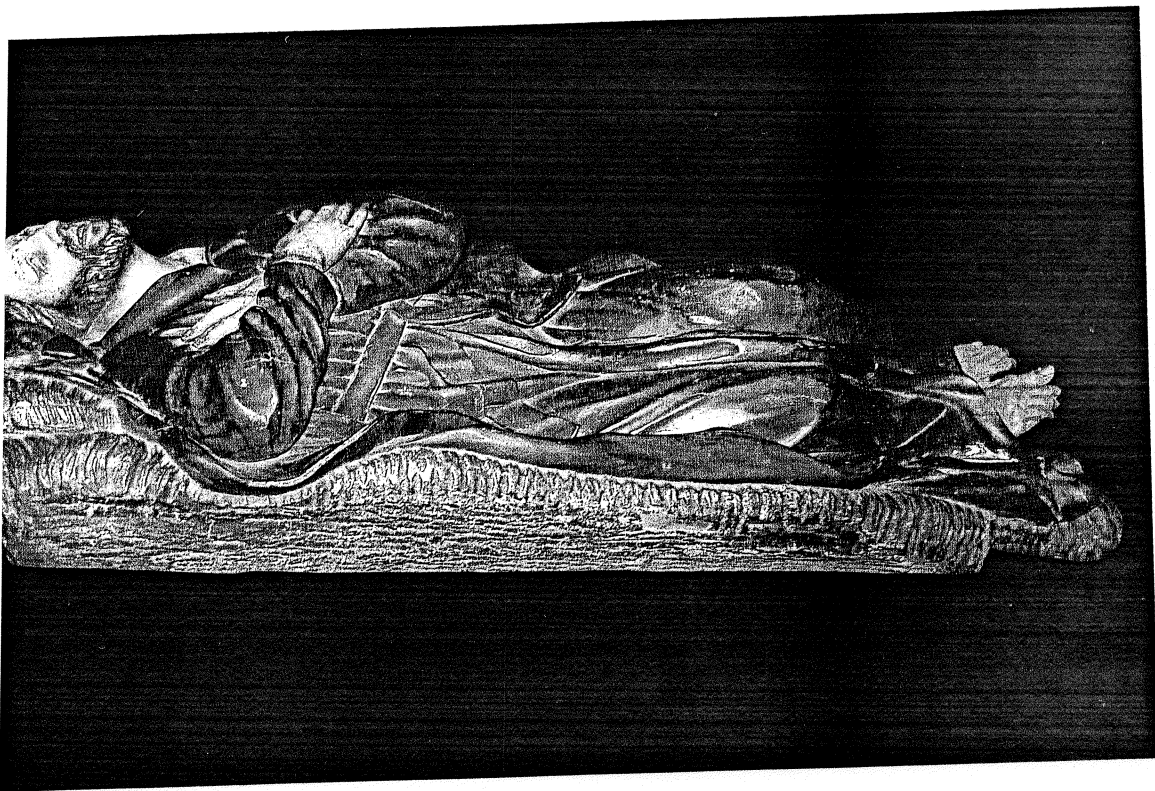


talleres de imaginería de las misiones de guaraníes fueron muy destacados en su producción y muy reconocidos en la formación de sus artesanos, tanto que muchos de ellos siguieron —aun después de la expulsión— siendo solicitados para trabajar en pueblos de la región y hasta en ciudades importantes, tallando también retablos y púlpitos.

Desde un comienzo la utilización de las excelentes maderas existentes en los bosques de Moxos y Chiquitos convirtieron a los conjuntos misioneros en expresión de la cultura de la madera como sucedía con los poblados del Paraguay y del litoral argentino. Sin embargo, la especificidad de algunas especies del oriente boliviano y sobre todo la forma de trabajarlas hicieron pronto de Moxos un punto de referencia por la producción de sus talleres artesanales.

Obtener maestros capacitados no era fácil por la gran demanda que su trabajo tenía y aun los coadjutores jesuitas eran reclamados para obras de otras religiones y por los obispos. En 1696 el padre Orellana pedía al

259. Copón-sagrario de la iglesia de Santa María de Achao en Chiloé, Chile.



30. San Francisco muerto, *escultura* lera del Museo de tedral de Santiago de Chile.

Superior que no detuviera al hermano que sabía de carpintería y estaba yendo para esa misión, porque su iglesia estaba sin puertas, sin ventanas, sin un sagrario, ni modo de colocar al Señor. Le comentaba además que estaban esperando al hermano Del Castillo con la madera cortada y con mozos hábiles que le ayudarían para que la concluyera a la brevedad.

La variedad de objetos que llegaron a producir los talleres de Moxos van desde molinillos, cigarreras y escritorios hasta atriles, catres y baúles. Como puede constatare, sólo los atriles respondían a un uso litúrgico. Mientras tanto, vemos que aún se mantenía la fabricación de escritorios de jacarandá embutidos con nácar que se hacían en los talleres del pueblo de San Ignacio y que tenían gran demanda comercial.

Si todo lo relacionado con la enseñanza tenía particular interés y en ninguna casa jesuítica faltaba una buena biblioteca, lo relacionado con la música adquiría un lugar de singular importancia. Se la tomaba como un vehículo para la inserción de los indígenas en los aspectos

transculturados de la evangelización. Así fue como se formaron coros y orquestas en la mayoría de los pueblos. Lo mismo pasaría con los colegios, algunos de los cuales fueron ponderados principalmente por su «capilla», como entonces se llamaba a los coros.

Muchos autores decían una y otra vez que en estos pueblos las orquestas y los cantores eran excelentes y comparables a los de las catedrales de España. Hubo casos, como el de Domenico Zipoli, que después de trabajar en el Gesù de Roma llegó a Córdoba (Argentina) y compuso música para ser cantada en las misiones, teniendo para ello en cuenta las variedades de voces de la población. Pero ello igualmente era posible por existir talleres para la fabricación de instrumentos, en lo que se destacarían algunos pueblos de misión. En el momento de la expulsión de los jesuitas todos los templos contaban con una extensa cantidad de instrumentos musicales.

El gobernador de Moxos decía en 1789 que las catedrales del Perú no tenían mejores órganos que los que



estaban en aquellos pueblos, ni tenían los músicos excelentes ni los maestros que había allí y que sabían hacer todo género de instrumentos con destreza y perfección. Y por eso mismo, el gobernador protestaba diciendo que, por esta capacidad, al final los indios de Moxos se veían obligados a prodigar su habilidad a las ciudades que carecían de oficiales, por lo que con ello sólo conseguirían «arruinar y extinguir las artes».

No olvidemos que el cura de Tarata (Bolivia) Ángel Mariano Moscoso, futuro obispo de Arequipa (Perú) y de Córdoba (Argentina), solicitó a las misiones que le hicieran un órgano grande para su templo ya que en

Cochabamba no se podía encontrar oficial perito por ningún precio...

Lógicamente, para llegar a este nivel de calidad fue fundamental el trabajo integrador haciendo que estos aprendices y operarios hicieran propia la idea jesuítica de unir la vida cotidiana con la religiosa, algo de lo que también muchos indígenas ancestralmente participaban. La forma de evangelización del jesuita en la que se fundían la labor manual con la oración, el baile con la liturgia, el teatro con la honra a Dios, fue mucho más allá que en otras doctrinas y por eso mismo permaneció aun después de 1767.

261. J.M. Habiú,  
Retrato de la Virgen,  
Museo Enrique  
Udaondo de Luján,  
Argentina. El análisis  
con rayos infrarrojos ha  
mostrado el boceto  
subyacente a la pintura.  
debido a un europeo,  
probablemente el franco-  
flamenco Luis Berger.